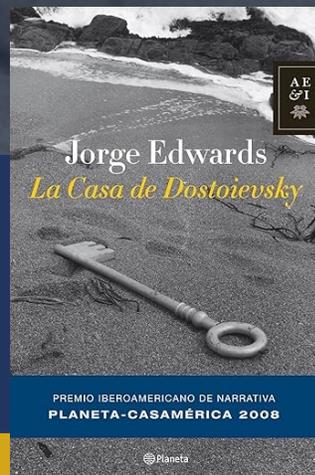




Visita  
al territorio de

# Jorge Edwards



# **PRIMERA PARTE**

## **LA ESPALDA DE TERESITA**

# 1

**Y**a se hablaba del Poeta hacia fines de los años 40, por el 48 o el 49, quizá un poco antes, en la época de los radicales, de González Videla, de la Ley Maldita, en un Santiago donde todos nos encontrábamos en las cuatro o cinco manzanas del centro y en sus alrededores, en el Parque Forestal, en el cerro Santa Lucía, y donde se empezaba a representar en salas pequeñas el teatro de Jean—Paul Sartre, *Huis clos*, *Les mains sales*, o el *Calígula* de Albert Camus. Veíamos bajar al Poeta, ¿Alberto, Ernesto?, por la escalinata carcomida de la Escuela de Bellas Artes, poniendo el pie en cada escalón con una especie de lentitud cuidadosa, como si dudara antes de ponerlo, y mirando el paisaje por encima de las cabezas de los demás, ensimismado, distraído, ostentosamente ajeno a todo, con su gran cartapacio de dibujo debajo del brazo. Los poemas suyos solían aparecer en las revistas universitarias de entonces, en *Claridad*, en *Juventud*, en una que se llamaba *Nuevo Extremo*, *Extremo Suro* algo por el estilo, e incluso en la revista *Pro Arte*, que se había mantenido durante algún tiempo y que había dado a conocer a poetas como T. S. Eliot, Ezra Pound, César Vallejo, entre muchos otros. A menudo, el poema en cuestión estaba ilustrado por algún dibujo suyo, por ejemplo, un autorretrato grotesco a lápiz o a tinta china: un personaje con su misma cara, con su melena ensortijada, pero con ojos desorbitados, con escamas, con largas extremidades, uñas en forma de garras en las manos y en los pies, además de una joroba naciente. Eran, para decirlo de una manera suave, autorretratos bestiales, seres vagamente parecidos a él, pero que salían de las alcantarillas o de las catacumbas. Y casi todos teníamos la sensación, en aquellos años, de que algunas de las personas que nos rodeaban habían salido del subsuelo. Era una intuición

vaga, pero que le daba un tono al ambiente, a las conversaciones, incluso a las risotadas que estallaban de cuando en cuando.

El Poeta, como dijimos, miraba por encima de las muchachas y de los jovencuelos sentados en las esquinas de las gradas, de los profesores de largos abrigos, bufandas colgantes, sombreros de fieltro, que hablaban sin parar de sus años en París antes de la guerra, de Pablo Picasso y del Pilo Yáñez, y después de bajar el último escalón, desembarcaba en la explanada de tierra y se internaba, sin saludar a nadie, sin fijarse en nadie, por los senderos del Parque.

En esos años tan lejanos, el Parque Forestal estaba mucho menos invadido que ahora por el tráfico, por el ruido, por la mugre, por las tarimas con orquestas atronadoras y payasos chillones. Era un espacio que habríamos podido llamar amable, aunque esto sea, quizá, una noción de la generación nuestra, un concepto sin destino. De hecho, había en el Forestal, o planeaba sobre él, una belleza no estridente, no agresiva, y cuya función parecía consistir en conectar el centro urbano con el río, con el espectáculo lejano de la cordillera, con el cielo y sus nubes, con todo lo que estaba más allá de lo rutinario y lo consabido. Nadie que haya visto caminar al Poeta por aquellos senderos, en aquellos márgenes del tiempo y de la geografía, podrá olvidar esa imagen. A veces nos reíamos, hablábamos de Charles Baudelaire en el Parque Forestal, el Baudelaire de las maravillosas nubes, y otras veces nos quedábamos calla dos, pensativos. El Poeta caminaba con relativa lentitud (cuidadosa lentitud, como ya hemos dicho), aunque con trancos largos, y de repente daba la impresión de que se escoraba, de que estaba a punto de desplomarse, y de que en el minuto decisivo hacía un esfuerzo enorme y se enderezaba, moviendo los dedos libres de una de las manos, marcando el ritmo de algo que sucedía adentro de su cabeza: una discusión consigo mismo, unos versos que germinaban, una argumentación que no había podido desarrollar en el momento oportuno y que ahora, cuando ya era tarde, adquiriría una ilación brillante, una cadencia, un brío no previstos.

Se alejaba rápido el Poeta, ¿Ernesto, Eulalio?, como si el demonio le pisara los talones, de los grupos reunidos a la salida de la Escuela, pero después, en alguno de los senderos, en el encuentro de unos jazmines orientales con un triángulo de coníferas enanas, solía encontrarse con

personas conocidas, conocidas y respetadas por él, o por lo menos aceptadas, y sentarse en un banco a conversar. Muchos se acuerdan de haberlo visto en animada charla, en acalorados intercambios, con Lucho Oyarzún, con Eduardo Anguita y alguno de los Humeres, con Alejandro Jodorowsky, que todavía manejaba un teatro de títeres en una casa de la calle Lira, con un poeta consumido por la tuberculosis, oriundo de San Bernardo, que estudiaba medicina y era muy aficionado a las bromas macabras, o con un músico alto, melenudo, de eterna boina negra, de cara demacrada, de apellido Toro, y que se declaraba seguidor de la Escuela de Viena, la de Arnold Schoenberg, Alban Berg y todos ellos.

Algunos de nosotros fuimos admitidos después, en el mismo Parque Forestal, en el club de los alemanes pobres de la calle Esmeralda, en cualquier otro lado, a tomar parte en esas conversaciones. No es fácil decir ahora, al cabo de los años, de qué se hablaba exactamente. Porque había historias privadas, pelambres, temas del momento, sorpresas del día, y al lado de todo eso se discutía sobre el pensamiento de Martín Heidegger, el ser, el para el ser, el ser para la muerte, y de repente aparecían junto a nosotros, sentados en el mismo banco, como viejos conocidos nuestros, personajes como Charles Swann, o Elstir, el pintor, o el Barón de Charlus, esto es, ficciones salidas directamente de las páginas de Marcel Proust, aparte de Acario Cotapos, y Pilo Yáñez, de nuevo, y Gabriela Ribadeneyra, artista inefable a quien habíamos bautizado como Madame Gaviota. Ya ven ustedes. Muchos se acordaban de un recital de Neruda en el Teatro Miraflores en el que había leído poemas de *Residencia en la tierra* desde atrás de una máscara del Oriente Lejano, pero el Neruda de ahora, el que se paseaba por Europa en calidad de héroe comunista, era otro, sin duda, para bien o para mal, y Oyarzún, con voz un poco engolada, defendía a Gabriela Mistral y recitaba poemas suyos de memoria, *Todas íbamos a ser reinas*, en tanto que Vicente Huidobro había regresado de París, por fin, y algunos contaban que traía en su equipaje el teléfono de Adolfo Hitler. Las conversaciones solían desembocar en sonoras carcajadas, en palmoteos y pataditas en el suelo, y cuando tenían lugar en los alemanes de la calle Esmeralda, alrededor de botellones de vino barato, había un final inevitable de ropa oscura, porque el gris mayor y el azul marino predominaban, por simbolistas o malditos que fueran sus usuarios, llena de círculos blancos de

sal, en medio de los gritos y del humo, porque se suponía que la sal absorbía las manchas de vino tinto.

Parece que el primero de nosotros o uno de los primeros que conoció al Poeta fue el Chico Adriazola, Arturo Adriazola, a quien algunos, no se sabe por qué, conocían como el Pipo Adriazola. El Chico tenía una hermana igualo más baja de estatura que él, la Lorita, y los mayores se acordaban de su padre, también pequeñajo, casi enano, el Pichiruche Adriazola. El Pichiruche era un periodista de derecha, colaborador habitual de *El Diario Ilustrado*, y había participado en las primeras campañas políticas de don Arturo Alessandri Palma, el León, quien, en los años de que estamos hablando, los de la aparición del Poeta, todavía actuaba en el Senado de la República y solía pasear por el Parque Forestal con su bastón a la espalda, acompañado de alguna persona de respeto. Lo curioso es que el Chico, bautizado Arturo, al parecer, en homenaje al León de Tarapacá, en lugar de seguir la línea conservadora paterna, se había inscrito desde muy joven, poco después de la muerte repentina de su padre, en el Partido Comunista. Lo que ocurría es que otro hermano del Pichiruche, otro de los Adriazola, se había hecho comunista en los años de la guerra civil española, como le ocurrió a mucha gente de los medios de la prensa, de la universidad, de los círculos intelectuales, y había adoctrinado a su sobrino huérfano, quien, por lo demás, junto con su madre viuda y con su hermana, había quedado pobre como la rata y no tenía la menor razón para hacerse liberal manchesteriano o conservador.

¿Cómo conoció, pues, el Chico Adriazola al Poeta? Dicen que su hermana menor, la Lorita, que era igual de chica que él, pero bien proporcionada, de bonito pecho, bonitas pantorrillas, ojos agraciados, tincudos, llegó una noche de sábado, después de un bailoteo en casa de una compañera de curso, sentada en el asiento de atrás de una bicicleta vieja que manejaba uno de los participantes en la fiesta. El Chico, encerrado en su dormitorio, dedicado a la contemplación de las moscas, no vio nada. Tampoco supo ni podía saber que su hermana menor había llegado en compañía del Poeta, de Ernesto, Heriberto, en persona. Pero escuchó voces, y después supo que la Lorita y el amigo suyo, el de la bicicleta, se habían encerrado en el living y habían puesto la Quinta Sinfonía de Beethoven, en interpretación de Arturo Toscanini y de la Orquesta Sinfónica de Nueva

York, a todo lo que daba. El Chico esperó un rato, mordiéndose las uñas, temblando de ira, y en seguida salió del dormitorio en pijama, a pata pelada, y golpeó en los vidrios de la puerta del living.

—¡Dejen dormir! —gritó.

No hubo respuesta, pero los que estaban al otro lado bajaron el volumen de la vitrola.

—¡Qué despelote! —exclamó, o exclamaría, el Chico, que estaba con los pelos disparados, pálido, parecido a un gnomo furibundo. Se fue al repostero y le preguntó a la Bertina, la empleada, que escuchaba una comedia por la radio mientras zurcía un par de calcetines, que qué estarían haciendo esos dos encerrados en el living. La Bertina se encogió de hombros. La madre del Chico y de la Lorita, la viuda del Pichiruche Adriazola, no estaba en la casa. Se dedicaba a jugar al póker en compañía de gente más o menos extraña y solía llegar pasada la medianoche. Era una señora de mediana estatura, más alta que su difunto marido y que sus hijos, y se pintaba los labios de rojo oscuro y los ojos de color lila.

Llegaría tarde, en cualquier caso, su madre, y el Chico no sabría con quién se había encerrado su hermana en el living. Al día subsiguiente sí lo supo. Su hermana llegó a las nueve de la noche en compañía del Poeta, en el asiento de atrás de su bicicleta, y se lo presentó.

—¿Conoces? —preguntó, de mala gana, como si la presencia del Chico le molestara, y no agregó mayores datos.

—¡Hola! —dijo el Chico, haciéndose el indiferente, pero ya, con enorme sorpresa de su parte, con acelerados, violentos latidos del corazón, había reconocido al personaje que deambulaba al final de las mañanas por los senderos del Parque Forestal, el personaje más bien alto, medio escorado, de melena encrespada, del que se hablaba mucho, y cuyos poemas, ilustrados por sus propios dibujos, empezaban a circular por diversos lados.

—Hola —respondió el Poeta, y no hizo el menor ademán de estirarle la mano.

Había, de comer, una sopa de zanahoria, aguachenta, de las que preparaba la Bertina para salir de apuro, y arroz con espinaca, pero el

Chico, atravesado, confundido, prefirió encerrarse en su dormitorio. Aunque lo disimulaba con mucho cuidado, el Chico también quería escribir poesía, o al menos ser periodista, como su padre, periodista de izquierda, eso sí, no de derecha, pero sus lecturas, en aquellos años, no llegaban tan lejos como las del Poeta y sus amigos: había leído versos de Amado Nervo, y los *Veinte poemas de amor de Neruda*, además del *Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels, pero de Martín Heidegger no sabía una sola palabra, para no hablar del Barón de Charlus, de Acario Cotapos, de Rainer Maria Rilke. Si hubiera escuchado un par de versos de Rilke, habría comprendido que el mundo era muy diferente de lo que se imaginaba. Pero todavía, por mucho que hubiera ingresado al glorioso partido, se encontraba en sus años ingenuos, en los de su terca prehistoria. Las escamas todavía no se le habían empezado a caer de los ojos.

## 2

**E**l Chico, una tarde, al día siguiente o subsiguiente de esa presentación poco agraciada, cerca de una semana después del episodio del living y de la Quinta Sinfonía, escuchó que el Poeta había llegado de nuevo de visita. Él estaba bostezando en su pieza, sentado en su mesa de trabajo y tratando de hincarle el diente a su manual de derecho procesal civil. Dejó el libro tirado, salió de su pieza y entró al living a lo que se diera, dispuesto a que lo echaran de mal modo, con cara de palo.

—A mí también me gusta la poesía —dijo de sopetón, con la voz algo tartamuda.

—¡Que te va a gustar la poesía a ti! —chilló la Lorita—. ¡Fresco ‘e mierda!

El Poeta, para sorpresa de todos, es decir, del Chico y de la propia Lorita, la hizo callar. Lo hizo con un gesto elocuente de la mano derecha, sin despegarla de la altura del pantalón, y agregó en voz baja:

—¡Cállate!

Sacó, en seguida, unas hojas de cuaderno de adentro de un bolsillo.

—Les voy a leer algo —anunció, y se puso a leer unos versos recién escritos sin esperar nada más, sin mayores preámbulos.

El Chico Adriazola, más tarde, en el casino de la Escuela de Leyes, contaría que no sabía cómo explicar el poema. Era una cuestión que no se entendía en forma clara, pero que en parte se entendía: avanzaba de a poco, por un lado de las cosas, y después por otro lado, se desviaba, como si de repente hubiera perdido el rumbo, y ahora entraba, ¿a qué?, a un espacio, a

un rincón en el fondo de un jardín, y había flores, largos pétalos amarillos, que temblaban debajo del sol, y lirios, azaleas, arbustos, matapijos, más el ruido de un chorro de agua, y un pedazo de silla de lona.

—¿Un pedazo de silla de lona?

—Sí —explicaba el Chico—, un pedazo de silla de lona.

—¿Y qué pasaba?

—No pasaba nada, pero hacía un rato había pasado algo.

Sus amigos se miraban, hacían chocar los vasos, cambiaban de tema, y en el casino se escuchaban gritos, alaridos, risotadas.

De regreso en su dormitorio, el Chico trató de escribir un poema. Él también. Escribió un verso y en seguida lo tarjó. Después escribió otro, alineado debajo del primero, y lo volvió a tarjar. Parece que escribió un tercero, un cuarto, hasta un quinto verso. Al final tiró el lápiz contra la pared, a toda fuerza, como si quisiera reventarlo, y agarró el manual de derecho procesal civil, el que se usaba en el curso de don Ramiro Méndez Brañas, y lo aplastó contra el suelo. Poco le faltó para pisotearlo. El caso es que no podía dar con la atmósfera enigmática, con el tono extraño, medio confuso, pero atractivo, musical, de una música áspera, de los versos del Poeta.

—Es que a lo mejor no soy poeta, yo —se dijo el Chico, y la cara, pensativa, se le llenó de arrugas, como la de un monito Tití. Misiá Mina, su madre, llegó de su sesión de póker o de lo que fuera como a las dos de la mañana y tuvo una feroz discusión con la Lorita. Parece que el Poeta, al sentirla llegar, sacar el llavero, abrir la puerta de calle, se hizo humo, pero ella, la Lorita, apenas tuvo tiempo de arreglarse un poco la ropa. Los cojines del sofá se veían tirados por el suelo, los discos de ese tiempo, de setenta y tantas revoluciones por minuto, fuera de sus fundas, los ceniceros llenos de puchos.

—Tu amigo es un bueno pa' na' —escuchaba el Chico—. Y tú, mocosa huevona, cuídate. Mira que...

Mira que... repetía el Chico, en su fuero interno, entre risueño y asustado: mira que... Supo, casi un año más tarde (pero siempre había tenido una sospecha), que la Lorita, su hermana menor, había partido una

mañana a la calle Santo Domingo abajo, desde el callejón de Monjitas, cerca de la Escuela de Bellas Artes y del Parque Forestal, donde vivían, el callejón donde el Poeta, en aquellos años, dejaba su bicicleta encadenada contra un poste, y donde peleaban los gatos, y allá, en una clínica clandestina o algo por el estilo, se había hecho un raspaje.

El Poeta no apareció más a visitar a la Lorita, pero el Chico se lo empezó a encontrar en el Parque, en el Café Bosco, en la cervecería El Bohemio, situada en un subterráneo de la calle Huérfanos, en todos lados, y el Poeta, aparte de que nunca le mencionó a la Lorita para nada, le explicó que leer a Amado Nervo era una pérdida de tiempo, y que los famosos veinte poemas de amor de Neruda eran dulzones, latigudos, y que lo único bueno suyo eran *Las furias y las penas*.

—¿*Las furias...*?

—y *las penas*. ¿Y sabes, Chico, quién es Rimbaud? ¿Y has leído *Tierra baldía y Miércoles de Ceniza*?... ¡Chico pelotudo! ¡Anda corriendo a leer a Rimbaud, y consíguete a T. S. Eliot! No te aparezcas por aquí mientras no los hayas leído...

Los poetas desdentados que estaban sentados alrededor de su mesa se rieron a carcajadas, con gestos convulsivos. Uno de ellos levantó su vaso de pilsener:

—¡Ya sabís, Chico! —y le guiñó un ojo.

El Chico, esa misma noche, dicen, reincidió en sus intentos de escribir poesía, y el canasto de papeles de su dormitorio terminó lleno hasta el tope de versos tarjados. Aparte de eso, consiguió, por fin, con Eduardito Villaseca, un amigo rico que había conocido en la Escuela, que le prestaran un libro de poesías de Rimbaud en traducción al castellano. Eduardito también le llevó un ejemplar de la revista *Pro Arte*, que el Chico no había visto nunca, donde había una página completa dedicada a *Miércoles de ceniza*, de T. S. Eliot, en la traducción de un supuesto pariente suyo que residía en Chile.

Así eran las cosas en aquellos años, así eran los encuentros en un patio, en un casino, en un parque, las conversaciones, los mitos grupales, tribales. El viejo Pablo de Rokha, descaderado, descomunal, amargo, solía sentarse

en un rincón de la cervecería subterránea El Bohemio, cargado de toneladas de papeles, de libracos, de lápices, y a veces alguien recibía plata y lo invitaba al Mercado Central a comerse un ciento de ostras, o un mariscal regado con vinos pipeños, y a despotricar contra Nerón, contra el Gordo Bonzo, uno de sus temas favoritos. Y el viejo, exaltado, se agarraba de los suspensores y sacaba su mejor batería, sus argumentos más lapidarios, decía que al Bonzo lo tiraban de cabeza y caía parado, porque era el rey de los acróbatas, de los oportunistas, de los logreros y mamones de toda la fauna que circulaba por ahí, y las emprendía, en seguida, después de chupar cada ostra y de empinar el codo, contra sus acólitos y sus bufones, contra el Chato Azocar y el Tomasito Lago, contra el Fuenzalida y el Orlandini y el Arce, pura pacotilla, todos ellos, y dejaba para el final a Vicentito Huidobro, el hijo de su papacito y de su mamacita, y proclamaba con voz atronadora, aguardentosa:

—Mire, compañero: aquí estoy yo, ¡lleno de piojos!, y al otro lado están los maricones de Huidobro y Neruda.

Ésa era su síntesis final, y su doctrina, su visión del mundo, y levantaba el potrillo de color verdoso, lleno de pipeño, pura uva Italia, y tragaba con ira y con retorcida ternura, pensando en amaneceres del sur, de Coelemu hacia la costa, en tristes caldillos de papas comidos en alguna chingana de Nueva Imperial, en guitarreos en el fondo de un patio donde los braseros se apagaban, en quiltros hambrientos.

### 3

**E**n el patio de la Escuela de Derecho, durante uno de los recreos de la mañana, el Chico Adriazola le habló del Poeta a Eduardito Villaseca.

—¿Conoces al Poeta? —preguntó Eduardito, y el Chico observó muy bien que había disimulado su asombro, pero que estaba asombrado, con todas sus antenas sobre aviso.

—Sí —respondió el Chico, y agregó, exagerando, pero consciente de que era el momento de exagerar—: Soy amigo suyo.

Eduardito guardó silencio. Dio la impresión de que husmeaba el aire, y de que percibía un vientecillo más o menos juguetón, un revoloteo nuevo, el anuncio de algo silbado desde alguna parte.

—¿Por qué no van a mi casa en la tarde —dijo—, como a las seis de la tarde?

A las seis de la tarde en punto, el Chico y el Poeta tocaron el timbre del caserón de Eduardito. Alguien, una sombra femenina que se adivinaba a través de cristales esmerilados, bajó por una larga escalinata y les abrió: era una mujer de color ceniza, entrecana, con un delantal negro y un cuello blanco almidonado. Y arriba de la escalinata, junto a una mesa de mármol, debajo de una pesada lámpara que parecía de basílica o de sepulcro, los esperaba Eduardito. El Chico notó que estaba nervioso, con un tic a la orilla del ojo izquierdo y un ligero temblor en las manos, y que la presencia del Poeta lo dejaba sin habla. El Poeta, por su lado, miraba el vasto espacio del vestíbulo, la entrada de un salón en penumbra, con el perfil de cortinajes pesados, de grandes jarrones de porcelana china, de vitrales coloreados con figuras pastoriles de épocas pretéritas, y daba la impresión de hacerse

preguntas de toda especie, y de articular respuestas atropelladas, confusas, aparte de tener ganas, quizá, quién sabe, de empuñar un grueso bastón, o un garrote de raíz de lingue, para emprenderlas contra todo, vitrales pastoriles y jarrones chinos, a garrotazos o a bastonazos. Eduardito, entonces, que probablemente esperaba una reacción parecida y cuyo ojo izquierdo ya temblaba menos, propuso que bebieran unos tragos de whisky.

—¡Whisky! —exclamó el Chico Adriazola.

—Whisky —confirmó Eduardito, impertérrito—. ¿No te gusta el whisky?

—No he tomado nunca en mi vida —dijo el Chico.

El Poeta, entonces, le palmoteo el hombro y casi lo desarmó. Miró, en seguida, a los ojos, con una pizca de burla, al hijo de los dueños de casa.

—Venga el whisky —dijo.

Supieron a los pocos minutos, los dos que llegaban de visita, que era una operación más bien complicada. Porque había que entrar al sector de la mansión ocupado por don Ramiro Villaseca, el dueño (que alguna gente conocía, supieron después, por el sobrenombre de Harpagon), y por su mujer, doña Victoria de tanto y tanto, a quien sus amigas llamaban Toyita y a veces Tolita, la Tolita de tanto y tanto. Pues bien, ahí, en esa parte sombría de la casa, a la salida del dormitorio de don Ramiro, en un recodo estratégico, había un armario de madera noble, oculto por cortinas verdes, siempre cerrado con doble llave, pero de cuyas llaves Eduardito había conseguido en un boliche cercano que le hicieran una copia. Cerró, entonces, todas las puertas que daban al vestíbulo, sacó un manajo de lo más profundo de un bolsillo y abrió con gran sigilo, mirando por encima de los hombros para todos lados, como si fuera un ladrón de su propia familia, de su propia herencia. Destapó, en seguida, el contenido de un botellón de veinte años de antigüedad, almacenado en la hilera del fondo, y colocó en su lugar una botella de whisky nacional, marca chancho, que se encontraba en la parte de adelante.

Al día siguiente, el Chico Adriazola sólo se acordaba del comienzo de todo el proceso, del trasvasije de licores en la oscuridad, porque había sido necesario, en realidad, pasar con gran cuidado el licor nacional a la botella

importada, cuyo contenido había sido previamente trasladado a sendos vasos, y de la astuta colocación de esa botella llena de pergaminos en un fondo donde se suponía que las manazas de don Ramiro Villaseca, el Harpagón de la Alameda, no llegarían nunca, y después se acordaba, el Chico bienaventurado, de unos tableros forrados en raso oscuro y atiborrados de brillantes algo amarillos colocados en fila, manifestaciones de la riqueza secreta del dueño de la mansión, y tenía, junto con ese recuerdo algo extraño, un dolor que le partía la cabeza y un cototo grande en la parte de atrás del cráneo, una protuberancia que remataba en una herida sangrante.

—Es que de repente —le dijo el Poeta—, se te trabó la lengua, y los ojos se te pusieron vidriosos, y cuando salimos a la carrera, porque los viejos podían llegar de un momento a otro, te diste una vuelta rara, como muñeco que gira en banda, y te azotaste contra la baranda de fierro y de bronce de la escalinata de salida. Te azotaste con tanta fuerza, con un ruido terrible, como de tablas resecas resquebrajadas, que creímos, Eduardito y yo, que te habías matado.

Levantaron al Chico entre el Poeta y Eduardito, le sacudieron la ropa, le mojaron la cabeza en el baño de visitas, y después bajaron los escalones alfombrados, tropezando, bufando, llegaron a la calle, y el Chico, que iba pálido como un papel, se puso a vomitar debajo de uno de los plátanos orientales de la Alameda, a la altura del edificio de la Falange Nacional (menos mal que no había carabineros por ahí cerca), y Eduardito Villaseca divisó en ese momento, con terror, la máscara inconfundible del Hudson gris de su padre, que se acercaba desde el poniente, raudo, manejado por Filomeno, el chofer, con su cara protuberante y alargada, caballuna, y su gorra negra, y alcanzó a ver detrás de Filomeno, en la oscuridad del asiento trasero, a don Ramiro con su cara ancha, con su mirada de dominio, que parecía barrer la vastedad de la Alameda de Norte a Sur y de Oriente a Poniente, y junto a él, con un alto sombrero que tenía, en la negrura de ese fondo, hasta frutas y pájaros artificiales, a misiá Toya de tanto y tanto, es decir, Tolita, la Tolita, que era una señora de mirada triste, de expresión compungida, víctima de los arrebatos y los gritoneos de su marido, pero que iba a heredar, contaban, de su señor padre, que todavía estaba vivo, algo así

como cinco fundos de la zona central de Chile, lo mejor del riñón agrícola chileno, hectáreas planas y regadas de migajón puro, de puro bizcochuelo.

Eduardito se escondió en la sombra de las rejas exteriores del edificio de la Falange Nacional, que tenía una esbelta y antigua palmera en el centro del patio, una palmera que había visto pasar el desfile de las tropas victoriosas en Yungay, al final de la guerra contra la Confederación Perú—Boliviana, encabezadas por el general Manuel Bulnes, y don Ramiro, quizá, desde la profundidad de su asiento, habrá divisado a un chicoco que vomitaba contra el tronco de un árbol y se habrá dicho que este país de salvajes no tenía remedio.

—Eduardito —le dijo el Poeta al Chico, por teléfono, al mediodía siguiente—, nos citó para hoy a las cinco de la tarde en el Parque Forestal.

—A mí se me parte la cabeza —protestó el Chico.

—Pero tienes que ir. Porque nos citó para leernos un poema suyo.

—¡Un poema!

—Sí —dijo el Poeta—. Un poema que acaba de escribir. Y no podemos defraudarlo. Para él es una cuestión de vida o muerte.

—¿Y si el poema es malo?

—¡Ah! —exclamó el Poeta—. Si el poema es malo... ¡Ojalá que no sea demasiado malo!

—¡Ojalá!

Hubo un silencio más o menos largo en el teléfono, y el Chico después le informó al Poeta que ya estaba leyendo *Miércoles de ceniza* de T. S. Eliot en la traducción de un tal Jorge Elliot y no sabía cuánto más.

—Es distinto de todo lo que había leído en mi vida —dijo el Chico.

—Es que tienes que ponerte al día —resopló el Poeta por el otro lado—. ¡Porque te faltan siglos!

¡Siglos!, repitió el Chico Adriazola para sus adentros, varias veces, ¡siglos!, y casi se le soltaron las lágrimas.

## 4

**E**l Chico y el Poeta esperaron sentados en un banco, a la sombra frondosa de un castaño, entre castañas medio abiertas o reventadas repartidas por el suelo, entre pedruscos y hojas secas, cerca de la estatua de homenaje a Rubén Darío: un adolescente de bronce oscuro que toca una flauta de pan, una fuente de agua que corre, unos versos inscritos en una placa de mármol negro: *y el agua dice el alma de la fuente / en la voz de cristal que fluye d'ella...*

Eduardito llegó desde la calle Merced. Cruzó Monjitas con sumo cuidado, con una mano en el pecho, mirando para un lado y para otro, y no se sabía si tenía miedo de morir atropellado, o de leer sus versos, o de ambas cosas. Después entró al sendero con su paso típico, un poco arrastrado, y ellos notaron que venía con una mirada huidiza, entre nerviosa y ausente.

Se saludaron, dijeron algo sobre la tarde, sobre las castañas, sobre el flautista rubendariano, y Eduardito movió la cabeza, con un gesto resignado, como si la lectura fuera una condena que él mismo se había impuesto, y sacó el poema del bolsillo interior de la chaqueta: tres o cuatro hojas de cuaderno escritas con tinta negra por el derecho y el revés.

—Leo, entonces —dijo.

Estaba mirando en dirección a la calle Merced, a las buganvillas de la embajada norteamericana, a la orilla del río, pero dijo lo anterior, clavó la vista en sus papeles y se puso a leer. Leyó con un poco de apuro, sin toda la calma que se necesitaba, pero con buena dicción, con un temblor de la voz que apenas se advertía. Algunos opinaron más tarde, porque el rumor se

difundió por la Escuela de Leyes y por sus alrededores, por la Fuente Alemana y hasta por algunos salones de los prostíbulos de la calle San Martín, que el poema no estaba mal, que tenía un lenguaje más o menos logrado, una escritura interesante, por así decirlo, producto, quizá, de las lecturas en inglés, en castellano, incluso en francés, que hacía Eduardito en noches interminables, en la soledad del tercer piso del caserón de su familia, frente a los caprichos arquitectónicos del cerro, a sus escalinatas ceremoniales, a vuelos de palomas y otros pajarracos en la oscuridad, aparte de alguna repentina pelea de borrachos en la distancia.

Eduardito terminó su lectura, y el Chico Adriazola, mirando al cielo a través de las ramas del castaño y de unos pimientos vecinos, musitó elogios más bien confusos, enrevesados, tartamudeando. El Poeta, por su lado, mientras el Chico decía sus cosas, movía la cabeza, se agarraba la barbilla, daba la impresión de que meditaba antes de adelantar una opinión. Al final, con una cara de asco que era bastante frecuente en él, con los labios gruesos medio torcidos, con el pecho hundido, optó por decir algo. Lo que esperaba Eduardito, en realidad, era el juicio de él, y una vez que el Poeta abrió la boca, el Chico se quedó callado de inmediato. Por uno de los senderos se divisaba a Manuelito el Tonto, personaje habitual del centro de la ciudad, entre bufón y mendigo, con su pierna coja y sus brazos paralizados, y hacia el sur había niñeras uniformadas al cuidado de tres o de cuatro niños cada una, y ancianas que parloteaban entre los niños y las niñeras.

—Mira, Eduardo —dijo el Poeta, estrujándose el mentón, colocando el peso del cuerpo en un solo pie, y fue digna de notarse la supresión del diminutivo—, tu poema no está mal. En algunos pasajes, tiene aristas, sonidos, detalles más o menos buenos. Parece escrito bajo la influencia de Pedro Salinas, de Jorge Guillén, de Luis Cernuda, de algunos de ellos. Poetas estimables, digamos —y se acarició la cara, y sonrió por lo bajo, como si él, en persona, con debido conocimiento de causa, no los estimara tanto como pretendía—. Pero —y este *pero* abrió todo un abanico de dudas, de reservas—, creo que le falta algo. Todavía no sé qué le falta, si quieres que te diga, pero algo le falta. Y el ritmo sufre las consecuencias. Está a punto de asomar por algún lado, el ritmo, y al final no asoma por ninguna parte. En buenas cuentas, como te dije, no está mal, pero me temo que sea un poema inútil. ¿Entendis?

Usábamos mucho en ese tiempo, el Poeta, el Chico Adriazola, una vez que avanzó en su lectura de T. S. Eliot y de César Vallejo, Alejandro, todos nosotros, la palabra *inútil*. Y calificar una pieza literaria de inútil, aunque se le concedieran todas las bondades de este mundo, era su condena más lapidaria. Ahora nos imaginamos que el Poeta dijo todo esto con la boca seca, en estado de casi desesperación, a sabiendas de que cada una de sus palabras era una puñalada, de que su discurso era un discurso asesino. Pensamos que Eduardito Villaseca, el hijo de don Ramiro y de doña Tolita de tanto y tanto, escuchó en silencio, con la vista clavada en el monumento a Rubén Darío, y que se guardó el poema, las tres o cuatro hojas de cuaderno escritas con tinta negra, en el bolsillo interior de la chaqueta. Se lo guardó, suponemos, con amargura disimulada, pero terrible, porque nadie podría describir la intensidad, la profundidad que tenían entonces aquellas amargas, aquellas frustraciones. El Poeta, por cambiar de tema, los invitó a conocer la casa donde arrendaba una pieza desde que se había ido de la casa de sus padres, hacía poco tiempo.

—Es como el revés exacto de la casa tuya —le dijo a Eduardito.

—¿Tú crees que la casa tiene la culpa? —preguntó Eduardito.

—¿La culpa de qué?

—De que el poema sea tan inútil.

—Vamos a conocer —interrumpió, con voz un tanto impostada, el Chico—, la Casa de Dostoievsky, y después sacamos las conclusiones que haya que sacar.

En el camino entre el Parque Forestal y la famosa casa, el Poeta propuso que hicieran un aro en la cervecería subterránea El Bohemio, la de los encuentros de Fausto y Mefistófeles (según la versión particular de Teófilo Cid y el Chico Molina), pero siempre que se mantuvieran a prudente distancia del viejo de Rokha, que era muy capaz de estropearles la tarde con sus majaderías.

—De acuerdo —dijo el Chico—, pero, ¿quién paga?

Eduardito Villaseca se metió una mano al bolsillo del pantalón y sacó un billete arrugado de cien pesos.

—Yo pago —dijo.

Actuaba, Eduardito, como si no hubiera pasado nada, pero la verdad es que estaba pálido: en pocos minutos le habían salido ojeras, y ellos tuvieron la extraña impresión de que tragaba bilis por toneladas. Sentían, al mismo tiempo, que no podían hacer nada. El otro estaba cerca del suicidio, poco menos, pero a ellos, al Poeta y al Chico, la situación se les había escapado de las manos. No había nada que hacer. Aunque pareciera trivial, era trágica. Ellos habían asestado una puñalada certera, asesina, ¿sin proponérselo?, y ahora esperaban un derrumbe, un descalabro.

## 5

**E**l descenso a la cervecería, haciendo un aro en el camino que consistió en dos pilsener por cabeza, seguido de un vago saludo al viejo bardo, que rumiaba sus venganzas en una mesa del fondo, les permitió encaminarse a la residencia misteriosa del Poeta un poco más animados. Se rieron del vetusto liróforo, de su jerga criolla salpicada de latinajos macarrónicos, y un rato más tarde divisaron las pilastras irregulares, inconfundibles. Lo que todos, en ese tiempo, llamábamos Casa de Dostoievsky, era un caserón de dos pisos en pleno centro de la ciudad, a media cuadra de la Alameda: un caserón que se había empezado a hundir en la tierra, cuyos muros habían sido pintados alguna vez de color ladrillo, y que ahora estaban llenos de rasmilladuras, de carteles rotos, de rayas, monos, anotaciones de toda especie, sin que faltaran los garabatos habituales, los conchas y los picos, aparte de alguna hoz y martillo y de uno que otro emblema falangista. Pocos años antes no habrían escaseado las esvásticas, pero ya eran los tiempos de la Falange Nacional, de González Videla y la Ley Maldita, del Padrecito Stalin, incluso de los primeros pasos del todavía joven Salvador Allende. Al Poeta le gustaba mostrar el edificio en estado de relativa ruina, en contraste con la residencia pequeño burguesa de sus padres en el barrio de Nuñoa, y Eduardito, a pesar de que todavía no levantaba cabeza después de su lectura, se decía que había pasado por ahí muchas veces y que nunca se había fijado en esas paredes mancilladas, en esa galería chueca, en ese extraño pegote de adobe y de maderas gastadas. Era tan extraño, en efecto, que llegaba a murmurar, en su desconcierto, que era una invención, una visión provocada por unas manos movedizas, por unos labios aplastados, por unos pestaños.

—Debe de ser el paraíso de los ratones —murmuró.

—Sí —dijo el Poeta—. Y, como escribió el viejo maestro, el paraíso del hipocondríaco.

Subió, entonces, Ernesto, Eulalio, con su paso balanceado, incierto, y avanzó por las tablas desiguales, crujientes, no demasiado seguras, de la galería exterior. Abajo, entre barrotes de madera, se divisaba el ajeteo de la calle Huérfanos, o el de la calle Monjitas (ya no existe una memoria segura sobre este particular), y a Eduardito le pareció que entraba por primera vez, guiado por el mejor de los guías, a uno de los laberintos de La Mandrágora, lo cual quizá demostraba que el poema, a pesar de todo, había tenido su premio. Es probable que el Chico, por su lado, en esta etapa temprana de su aprendizaje, aún no hubiera escuchado hablar siquiera de La Mandrágora, famosa entre cuatro mesas de café, entre siete personas, en el cuarto del fondo de la librería surrealista de la calle Miraflores. El caso es que el Poeta se detuvo al final de la galería, se metió la mano al bolsillo de la chaqueta raída, inflada, y sacó una llave larga, herrumbrosa. Le costó bastante acertar con la cerradura, y le costó más todavía abrir. Pero había una puerta desvencijada que cedió, al final, con algo así como un quejido, un lamento de la madera y de toda la casa, y quedó temblando.

Debía de ser el final de julio o el comienzo del mes de agosto, y el interior de la pieza del Poeta daba una impresión de frialdad, de impalpable humedad, de penumbra pegajosa, quizá por qué. ¿Significaría que los efluvios del Poeta se quedaban pegados en alguna parte, o que permanecían flotando en el ambiente de encierro? En uno de los muros, cuarteado, hundido hacia el lado del norte, los libracos, papeles, archivadores, cachivaches mugrientos, que incluían una tripa de goma de uso indefinido, pero que parecía servir para menesteres fecales, una tetera carcomida, una cabeza de muñeca de porcelana con diversos agujeros, tres o cuatro zapatos rotos, además de un indescriptible chaleco de fantasía que el Poeta se proponía utilizar en una obra de teatro, llegaban hasta el techo.

—Tu pieza está medio guateada —observó el Chico, de brazos cruzados, y el Poeta se encogió de hombros.

En el centro de la habitación, en lugar de libros y de objetos de carácter práctico, había algo que sólo se podía definir como escombros

heterogéneos, materiales de demolición llegados de diversas partes. Se necesitaba caminar con cuidado para no pisar los desechos, o para no quedar con el pie agarrado en algún artefacto indefinido.

—Si tuviera que pedirte refugio —preguntó Eduardito Villaseca, que parecía divertido con ese ambiente tan diferente del suyo, seducido por la novedad, pero a la vez un poco asustado, incluso alarmado—, ¿dónde me tocaría dormir?

—Las ruinas se echan a un lado —replicó el Poeta, y dicen que lo dijo sin ninguna complacencia, más bien con molestia, como si hubiera deseado, en su fuero íntimo, recibir a sus amigos en el lujo, entre alfombras persas y anaqueles de madera inglesa, lo cual demostraba que tenía un lado miserabilista, el más visible, desde luego, y otro de dandy contrariado, de príncipe destronado. El Chico, a todo esto, se entretenía sacando papeles de los entierros que invadían el piso de tablas desiguales. Les echaba una mirada y los tiraba en cualquier parte, levantaba una zapatilla reventada, inmunda, con la punta de los dedos y la dejaba caer, hojeaba uno que otro libracó y lo abandonaba. Tenía una manera temblorosa, febril, de pasar las páginas, de poner objetos inservibles a la altura de los ojos, con la mano empuñada, y en seguida de abrir la mano. Descubrió, en una de éstas, un aparato metálico de uso desconocido, perfectamente incomprensible, y el Poeta, por encima del hombro, le dijo que era un Aleph.

—¿Un Aleph?

—Sí —confirmó el Poeta—. Un Aleph en versión chilensis, rancagüina, o quizá chillaneja, y en estado calamitoso.

Le dio una tremenda patada al Aleph y lo tiró lejos, con una sonajera de los mil demonios. Después les ofreció un vaso de agua de la llave, ya que otra cosa no les podía ofrecer, y empezó a explayarse. En el ala de la casa que él ocupaba, la del norte, que tenía más espacio que la otra, pero que estaba más hundida, había otros escritores y artistas, locos de talento, en general, aun cuando tampoco faltaban los locos desprovistos de todo talento. En la primera categoría, en la de los locos de talento, había un pintor, un tal Jesús Ortega, y este Jesús Ortega, Chus Ortega, no falsificaba cuadros en el sentido estricto del término. Lo que hacía era pintar la pintura de un pintor que no había existido nunca, un pintor cuya biografía inventaba

junto con inventar su pintura, un tal Ronsard, homónimo del poeta renacentista, francés como él, pero de la segunda mitad del siglo XIX. El pintor Ronsard, oriundo de la provincia de Normandía, de sus verdes pastizales, de sus aguas originarias, se había embarcado en el puerto de Le Havre, rumbo a la recién colonizada Polinesia francesa, en compañía del joven oficial de marina y novelista Pierre Loti, ¡novelista y maricón!, vociferaba Chus, con los ojos encendidos y como humedecidos por el vino tinto de los atardeceres. Pero el pintor Ronsard, de nombre Charles, a diferencia de Loti, Pierre, había tocado puerto en Valparaíso y optado por no seguir viaje, extraviado en algún prostíbulo del cerro Cárcel, enamorado de alguna putilla porteña, vaya uno a saber, y poco después había llegado a Santiago trayendo, escondida en sus cartapacios, la asombrosa novedad de los primeros manchones de la pintura impresionista. Los primeros primeros, los de las semanas y meses que siguieron a su desembarco, eran manchas del puerto, impresiones crepusculares, mástiles y pájaros que se levantaban frente a un azul decreciente o a una luna medio borrada por las nubes: oros, esmeraldas, círculos rojizos, crestas de olas sacadas de la oscuridad por una pincelada blanca.

—Estos primeros Ronsard pintados en Chile sólo aparecen muy de cuando en cuando —explicó el Poeta—, y Chus, que conoce bien a su clientela, cobra por ellos el triple. El sabe que si aparecieran a cada rato, se desvalorizarían. Y por eso nos anuncia con gran teatralidad, a los de la casa, a los que estamos en el secreto: va a aparecer un Ronsard de diciembre de 1883, ¡un primerísimo!, anterior en medio año a la publicación de *Azul* de Rubén Darío. Después abre una cortinilla roja en el fondo de su estudio y ahí se encuentra el maravilloso Ronsard de 1883, a medio pintar en su caballete.

Se suponía que Charles Ronsard, el compañero de viaje de Pierre Loti, no vendía nada en su tiempo, y en los días de su llegada a Valparaíso, a fines de 1883, menos que nada, pero ahora aparecen sus manchones en el fondo de un armario olvidado, detrás del catre de bronce de una tía bisabuela, y se venden como pan caliente.

Aparecían, es decir, se daban por aparecidos, el infatigable Chus Ortega se encargaba de hacerlos aparecer de algún modo siempre diferente, y la historia de su aparición pasaba a ser otro de sus inventos, y cada vez

que la oferta de Ronsards auténticos languidecía en el mercado criollo, Jesús, el pintor, se encerraba en su taller de la galería de atrás de la Casa de Dostoievsky, en la indispensable compañía de un botellón de pisco de 42 grados, y producía dos o tres manchas memorables —vagas enseñadas, oros en un crepúsculo marino pintados al estilo de Whistler, torres difuminadas de una capilla de campo, siluetas imprecisas de cóndores en un cajón de la precordillera—. Las producía en una sola sesión de trabajo, entre las tres de la tarde y las cuatro de la madrugada siguiente, con la ayuda del pisco de alta graduación, de unos cuantos jamones crudos, de un sobre lleno de charqui de caballo, de abundantes cafés amargos. Nos imaginamos a Eduardito Villaseca, con su chaqueta de tweed, sus zapatitos de gamuza, su pronunciación inglesa de Eton (Eton en la versión del Grange School), entrando a esa pieza y siendo presentado por el Poeta, por Armando, por Eulalio, a Jesús Chus Ortega, el Pintor. Vida de artista, diría para sí mismo, y no sabemos qué tentaciones sentiría, qué conclusiones verdaderas sacaría. Algunos pensaban que cortarían los cordones umbilicales que lo unían a la mansión de sus padres en la Alameda y otros sostenían que no los cortarían nunca, re nunca. ¡Ni cagando!, añadían.

—Y otra de las piezas —continuó el Poeta—, una de todavía más al fondo, más oscura, con vigas de color de humo, y que uno llega a pensar, al poco rato de estar adentro, que *son* de humo, y con una prolongación estrecha por un lado, una especie de sacado que remata en una portezuela baja y podría conducir a regiones infernales, es conocida como la pieza de Raskolnikov.

—¿La pieza de Raskolnikov?

—Sí, señores —confirmó el Poeta—. La pieza de Raskolnikov. Y nadie sabe por qué le pusieron así. La bautizaron en esa forma hace mucho tiempo, y parece que el primer ocupante fue un ruso que era sobrino carnal de Dostoievsky, un ruso auténtico que se quedó a vivir en Chile, que empezó a olvidarse del ruso y nunca llegó a aprender el castellano, y que murió en esa misma pieza treinta años más tarde, con un icono colgado a los pies del catre, entre los rezos de un pope barbudo que apareció por no se sabe dónde (¿por la portezuela del fondo?).

—¿Otro invento?

—¡No, señores! El sobrino de Dostoievsky, a diferencia del pintor Ronsard, no era ningún invento.

Les pareció, como era de suponer, al Chico Adriazola y a Eduardito Villaseca, y era una noción difundida en aquellos años, que había coincidencias interesantes entre los residentes de aquella casa destartada y los nombres atribuidos a la residencia, ya que no sólo era nombrada como la Casa de Dostoievsky, sino también como la Casa de los Muertos, y empezaba a ser conocida también como la Casa del Pintor Ronsard, el precursor ignorado, extraviado en su camino a las islas.

Eran, para el Chico y Eduardito, para todos nosotros, descubrimientos extraordinarios, procesos de apertura de la mente. Andar a la siga del Poeta, por el centro de la ciudad, por barrios periféricos y bajos fondos, por puebluchos polvorientos de los alrededores, adquiría el sentido de una iniciación, de una entrada en otra parte. O algo por el estilo. Por lo demás, la idea de iniciación, de visita preparada y guiada a universos diferentes, era muy propia de aquellos años, y podríamos añadir que la demostración de erudiciones heterogéneas y universales tomaba dimensiones de manía colectiva. Queríamos entrar a cada rato en otros mundos de la geografía, del conocimiento, de todo. Después de años, el Chico, aunque ya estaba en las últimas, y Eduardito, que había seguido su destino evidente y manifiesto, todavía se acordaban de que el Poeta, después de hablar de una misteriosa *mise en abime*, término que Eduardito entendió a medias y que dejó colgado al Chico, tomó cierta distancia en su pieza, a pesar de las limitaciones que le imponía el espacio, entre libracos, digamos, sopapas, calcetines rotos y alephes, e hizo un gesto de despedida, teatral y deliberadamente vago. El hecho es que ellos, al cabo del tiempo, recordaban su sombra en el momento en que se tendía en su camastro, en un anochecer ya avanzado, y en seguida se acordaban del gesto amplio, solemne, como de tribuno en su declinación, con que había levantado una manta tirillenta para cubrirse. ¡Adiós, amigos!, y habría podido añadir, quizá, ¡Adiós, regocijados amigos!, pero el Poeta, en su condición insigne de autodidacta, sabía de Rimbaud, de Baudelaire, de Rainer Maria Rilke y hasta de Hölderlin, pero como no había pasado de cuarto año de Humanidades, no sabía una palabra de Miguel de Cervantes.

## 6

Soy un hombre enfermo... Soy un hombre resentido...

No, no soy en absoluto un hombre agradable...

Creo que algo anda mal con mi hígado...

DOSTOIEVSKY, *Memorias del subsuelo*

**E**l episodio de la lectura del poema de Eduardito, seguido de la visita a la Casa de Dostoievsky, ocurrió hacia mediados del mes de septiembre, cuando ya se empezaba a notar el calor de la primavera, sobre todo en los senderos del Forestal, entre arbustos florecidos y perfumados, revoloteo de mariposas, zumbidos de moscardones y abejorros. Después de la lectura y de los comentarios incómodos del Chico y del Poeta, Eduardito, sin decir nada, sin dar mayores explicaciones, desapareció del paisaje en forma brusca. Alguien contó que lo había visto entrar de refilón, abriéndose paso entre el gentío, a la clase de Derecho Procesal, la que dictaba don Ramiro Méndez Brabas ante más de trescientos alumnos, y después salir a la carrera, sin mirar ni saludar a nadie, pero fue una imagen no verificada, un rumor más bien incierto.

—Debe de estar pensando en pegarse un tiro —dijo el Chico una tarde, mientras el Poeta y él caminaban por el mismo sector del Parque, el del monumento de bronce a Rubén Darío, pero más cerca, ahora, del río Mapocho, mirando el agua de color de barro, que a veces arrastraba tablones de chozas de la orilla y hasta burros muertos, con las patas tíasas.

Como los días se habían alargado, el sol, desde el poniente, pasando, se supone, por encima de los legendarios balcones de la calle Maruri, arrancaba uno que otro destello plateado a las aguas sucias.

—¡Estái huevón! —dijo el Poeta.

—No te creái —dijo el Chico, que ya había aprendido, a lo largo de ese año cargado de sucesos y de sorpresas, bastantes secretos de los poetas y de la poesía de este mundo—. Hay montones de poetas que se suicidan. Acuérdate de Essenin, de Alexander Block, de Maiakovsky, de un joven romántico inglés que se llamaba Chatterton.

—Pero ninguno de ellos se suicidó por falta de talento —replicó el Poeta.

—Unos se pueden suicidar por exceso de talento —dijo el Chico—, y otros por falta.

—Si los que no tienen talento se suicidaran —dijo el Poeta—, no quedaría títere con cabeza.

Parece que los dos amigos se detuvieron en su camino para reírse, y después siguieron a tranco largo, felices y contentos, inspirados por las luces crepusculares. A los dos o tres días, un viernes o un sábado en la noche, estaban sentados en el suelo del Club de Jazz de la calle Merced, con la espalda contra las paredes descascaradas, sedientos, porque andaban sin un peso. El socio que cuidaba la puerta, conocido por todos como el Guatón Valdivieso, y que estaba vestido con un pantalón de franela inglesa, zapatos con hebilla dorada y una camisa blanca impecable, se había hecho el leso y los había dejado pasar, pero nadie había sido capaz de invitarles una mísera cerveza. Movían la cabeza al ritmo de las baladas, los blues, los fragmentos que tocaba un grupo de saxofonistas, clarinetistas, trombonistas, que habían llegado a Chile contratados por la famosa orquesta de mambo de Pérez Prado, pero que eran, en realidad, jazzistas neoyorquinos de profesión, cuando, con gran asombro, con alegría y a la vez con inquietud, con perplejidad, vieron pagar su entrada, recibir del Guatón Valdivieso su boleto e ingresar al espacio estrecho del Club, con mirada huidiza, más pálido que de costumbre, ojeroso, visiblemente borracho, ¿a quién?, ¡a Eduardito Villaseca en persona!, al hijo de don Ricardo, de Harpagon, y de la Tolita, ni más ni menos. Se pusieron de pie y se dieron abrazos bulliciosos, con

grandes palmotazos, que provocaron un gesto de reproche del voluminoso y elegante cuidador de la puerta y varias peticiones discretas de silencio de los asistentes. Según testimonios coincidentes, se notó que Eduardito estaba emocionado hasta la médula de los huesos, y que ellos, el Poeta y el Chico, también lo estaban. Para no perturbar la sesión, se hundieron en el suelo, se comunicaron por medio de signos y de movimientos de los labios, y Eduardito, que caminaba con un poco de dificultad, se dirigió al bar y pidió gin con gin en Gin Gordon, importado de Inglaterra, para los tres. Desde su sitio en el suelo, a la altura de las piernas de los oyentes, instalados en los taburetes del bar, o parados, o sentados en el suelo con las piernas cruzadas, levantaron los vasos y bebieron con emoción casi religiosa, compenetrados a fondo con la música, con las liturgias de la amistad, con la vida y con su belleza, por todo y a pesar de todo. Después de la segunda corrida, sin embargo, Eduardito se levantó a pagar, hizo un gesto vago de despedida desde el mesón y realizó de inmediato, sin la menor advertencia previa, otra de sus desapariciones. Era una demostración más de que el problema, el de su frustración literaria, el de su rabia no declarada, estaba muy lejos de estar resuelto. Más que lejos.

La segunda aparición de Eduardito, en esos días y semanas que siguieron a la desdichada, para decir lo menos, lectura de su poema, se produjo en uno de esos finales de mañana en el Parque Forestal. Fue un momento memorable, debido a la gente que se había reunido en forma plenamente accidental, sin que nadie se hubiera puesto de acuerdo, y a la conversación que se produjo. Y los testimonios coinciden en que Eduardito avanzó desde la sombra, desde el interior de uno de los prados, y se puso a escuchar reclinado en el grueso tronco de un pimiento, en un deliberado segundo plano. Sucedió que Lucho Oyarzún, el poeta Eduardo Anguita y uno de los hermanos Humeres, probablemente Roberto, se encontraron y se instalaron en un banco a descansar de sus tareas y a conversar un rato. Otras personas se agregaron, entre ellas, el Chico Adriazola y Ernesto, Enrique, Armando, el Poeta, y la conversación fue más animada, más heterogénea, más divertida que de costumbre. Algunos tomaron asiento en un banco cercano y la mayoría estaba de pie, en diferentes posturas, mientras Eduardito, como ya dijimos, miraba y trataba de escuchar desde la sombra de su pimiento, callado como tumba. Hoy no es demasiado difícil

reconstruir la atmósfera de aquella conversación: los gestos exagerados de Oyarzún, profesor de filosofía más bien bohemio, de formación algo descuidada, por decirlo de algún modo, pero de salidas, de intuiciones brillantes; las caras de circunstancias, de risa, de asombro exagerado, del Poeta y del Chico; el silencio insondable de Eduardito Villaseca; las interrupciones tajantes de Anguita, proferidas con una voz entre arrastrada e impostada; además de las intervenciones capciosas de Roberto Humeres, si es que el tercer ocupante del banco era él, intervenciones subrayadas por la manera medio ladeada, entre descuidada y coqueta, de llevar su sombrero enhuinchado de color gris perla, pero no es tan fácil, en cambio, después de tantos años, de tantas décadas, recordar los temas precisos que fueron tocados. Se podría dejar caer el nombre de Marcel Proust sin demasiado riesgo de equivocarse, mencionar al Barón de Charlus, a Swann, a Madame Verdurin, a Charles du Bos en su diario, al Chico Molina y a la Gata Undurraga, pero nadie estaría en condiciones de entregar detalles más concretos. Cuando terminaba el encuentro se produjo, sin embargo, un hecho nuevo. Un personaje de baja estatura, de movimientos rápidos y nerviosos, que caminaba por el sendero, rumbo al centro de la ciudad, se detuvo, saludó a Oyarzún, a Roberto Humeres, a Anguita, declaró que se alegraba de saludar, también, a los jóvenes representantes del parnaso chileno, y anunció que todo el grupo estaba invitado, ¡calurosamente invitado!, a la gran fiesta anual de la Escuela de Danza, que tendría lugar el sábado en la noche de la semana subsiguiente. El personaje hizo una venia general, que no careció de un toque farsesco, al abigarrado grupo, y siguió su camino. Alguien explicó entonces, no sabemos si Humeres o Anguita, que se trataba de Jorge Cáceres o Caviedes, bailarín él mismo, coreógrafo, dibujante, diseñador, y, además de todo eso, poeta, poeta surrealista, para más señas, y amigo inseparable del grupo de La Mandrágora. Algunos conocían sus plaquetas de poemas, siempre acompañadas de dibujos suyos, figurines espectrales, y otros se propusieron buscarlas en la librería El Cadáver Exquisito de la calle Miradores, boliche regentado por Fernando Undurraga, alias La Cata, quien, además de escritor surrealista, era descendiente directo del capitán de navío Arturo Prat Chacón, héroe de la Guerra del Pacífico.

Exit Jorge Cáceres, entonces, como se dice en los dramas shakespearianos, y la improvisada reunión alrededor del banco de Oyarzún, de Anguita, de Humeres, comenzó a disolverse. El Chico y el Poeta, movidos por la misma intuición, miraron al mismo tiempo en dirección a la sombra del pimiento y descubrieron que Eduardito Villaseca se había hecho humo.

—¡Pobre! —exclamó el Chico.

—La poesía —dijo el Poeta.

—Mejor dicho, la no poesía.

Se quedaron callados un rato y después emprendieron la marcha.

—Podríamos invitarlo a la fiesta de la Escuela de Danza —dijo el Chico—. Para ayudarlo a salir del hoyo.

—¡Buena idea! —exclamó el Poeta.

—Y para que nos pague los tragos —agregó el Chico.

—¡Chico cabrón! —exclamó el Poeta, y hundió los dedos nudosos entre sus cabellos ensortijados, se escoró por el flanco izquierdo hasta rozar los muros de una casa gótica, en la esquina de Merced con Lastarria, y después carraspeó con una especie de sorna.

—Le hacemos un gran favor —insistió el Chico—. No te rías.

El Chico tenía el número de Eduardito en una bola arrugada de papel que guardaba siempre en el fondo de un bolsillo. Entraron a una fuente de soda de la primera cuadra de la avenida Vicuña Mackenna y pidieron el teléfono. El Poeta marcó y en seguida, para no escuchar el griterío con fondo de música de bolero, se tapó el oído izquierdo. Hasta la cara de asco, de rechazo, se le borró un poco. Del otro lado salió una voz gangosa, de mala voluntad, y pensaron que Eduardito no se pondría nunca, pero al cabo de un par de minutos se puso, y dijo que la idea de asistir juntos a la fiesta de la Escuela de Danza le parecía fantástica. Así dijo: fantástica.

—Te divisamos debajo de un pimiento, al lado del monumento a Rubén Darío, y cuando te fuimos a buscar, habías desaparecido —le reprochó el Poeta.

—Es que estoy encerrado —explicó Eduardito—. Vivo como un anacoreta.

—¿Estudiando?

—Estudiando lo menos posible, y escribiendo como malo de la cabeza.

Después de colgar, el Poeta le contó esto último al Chico, y es probable que los dos tragaran saliva. Así eran las cosas entonces. Mejor dicho, así éramos. La fiesta iba a ser un viernes en la noche en la calle Huérfanos esquina de San Antonio, en un edificio en cuyo subterráneo había un antro sospechoso, conocido como El Infierno, y donde la Escuela de Danza, famosa por haber montado en el Teatro Municipal de Santiago los ballets modernos de Kurt Joss y también por su director y primer bailarín de origen húngaro, Zoltán Zo de Zotopalski o algo por el estilo, ocupaba el piso undécimo. Como se vería después, fue, aquella fiesta, la culminación de algo, aunque sería difícil precisar de qué. Marcó un punto elevado, un vértice y un cambio de rumbo. El Poeta descubrió a su Teresa Beatriz, a la musa de su vida, y en una primera etapa se escapó de ella. Fue una conducta extraña, desde luego, pero siempre hubo en la conducta del Poeta un fondo extraño, un componente oscuro, hasta perverso, que nunca terminaba de revelarse. Se pasó la vida entrando a un túnel, túnel amoroso, en algunos casos, celda uterina, espacio en sombra de la conciencia o de la semiconciencia, y escapando por alguna rendija. En cuanto a Eduardito, pareció que se liberaría para siempre del redil, sobre todo al final de aquello que sería una farra interminable y accidentada, pero, de hecho, en un proceso lleno de altibajos, de sorpresas, y donde, dicho sea de paso, la astucia de su padre, don Ramiro, Harpagón, quedó rotundamente demostrada, siguió, después de algunos titubeos, de avatares más bien previsibles, el camino inverso. Y en lo que se refiere al Chico, se quedó y se quedaría siempre donde estaba. Ya había asumido, en aquellas jornadas primaverales, su condición de espectador, de comentarista, de humorista generacional. Intentaba escribir poesía en algún rato perdido, al regreso de alguna travesía larga, pero al final arrugaba el papel, lo tiraba al canasto, miraba la luz del amanecer, que empezaba a perfilarse detrás de la cordillera, y se resignaba. Se quedaría, pues, clavado en su sitio, inmóvil, inmovilizado, y su fragilidad interna lo iría carcomiendo lentamente. Entre carcajadas bulliciosas. Entre depresiones no confesadas.

## 7

No es ocioso destacar, en esta etapa del relato, que los tres convocados llegaron al edificio de la calle Huérfanos esquina de San Antonio a la hora convenida, esto es, a las nueve y media en punto de la noche, y que cada uno llevaba sus mejores pilchas: el Poeta, una chaqueta de tweed que había tenido tiempos de esplendor, aun cuando ahora estaba un tanto chafada, bolsuda, con un bolsillo descosido; Eduardito, un traje azul marino cruzado, impecable, aparte de un mechón caído sobre la frente y de un clavel blanco en el ojal (era época de mechones caídos, de humo de cigarrillos, de desplantes a lo Humphrey Bogart, y los claveles en el ojal no faltaban), y el Chico, un traje a rayas, de funcionario público, que le quedaba grande (y que había pertenecido, probablemente, al Pichiruche Adriazola, su padre, quien, dentro de lo chicoco, había sido unos centímetros más alto que él). Detalle curioso, pero también muy de época, el Chico se había peinado a la gomina, y parecía que un agua engominada, viscosa, le chorreaba por el cuello. Teresa, la Teresita, el decisivo y duradero descubrimiento de aquella noche, que tenía una cultura literaria de colegio de monjas inglesas, cultura no tan pobre como se podría pensar, diría, después, que parecía, el Chico, un Lord Byron en miniatura, pero no nos adelantemos. Quizá convenga recordar, en cambio, que el uso de corbata, en aquellos días, todavía no había caído en su actual desprestigio, de manera que todos se presentaron, suponemos, de cuello y corbata, y los mechones ondulados, los peinados a la gomina y con partidura, no habían sido reemplazados aún por las quiscas selváticas, por las melenas en forma de escobillones invertidos, que suelen verse en estos tiempos.

—Pareces —dicen que le dijo el Poeta a Eduardito— personaje de las páginas del *Nuevo Zig—Zag*.

Si se lo dijo, puede que se lo haya dicho con envidia, después de observar a mujeres jóvenes, con fachas de bailarinas, con cabelleras sujetas por peinetones japoneses, que se tragaban a Eduardito con los ojos. El Poeta, a todo esto, con su chaqueta de tweed descosida, daba la sensación de haberse despeinado en lugar de peinarse, y su barba debía de estar cumpliendo una semana entera de no afeitado, pero llevaba una camisa alba y de largo cuello enroscado, terminado en punta, y eso le daba una apariencia de estampa romántica: ilustración de Aloysius Bertrand, de Théophile Gautier, de algún miembro del círculo de las Hijas del Fuego. Las miradas de mujeres y hombres, en consecuencia, se clavaban primero en Eduardito y su clavel blanco, pero resbalaban de ahí al Poeta descuajeringado, melenudo, leonino, y terminaban por fijarse en el extraño personaje, entre escudero, bufón, enano, que caminaba entre los otros dos, peinado a la gomina, de traje a rayas y con la chaqueta hasta las rodillas.

Los tres cruzaron el umbral de la Escuela de Danza y quedaron con la boca abierta. ¿Por qué?, preguntarán ustedes, y podríamos dar una respuesta aproximada: por la amplitud del espacio, por la luz y la música, por el movimiento general, por las tenidas, los peinados, las caras de la concurrencia. Habían salido del ascensor, habían invocado con algo de timidez la invitación del poeta y bailarín Jorge Cáceres, y habían sido admitidos sin la menor reserva, entre genuflexiones y sonrisas, a un mundo que no sabían, que ni siquiera sospechaban que existiera en la misma ciudad, a pocos metros de distancia de ellos. Porque parecía que los poetas tenían una tendencia vocacional a vegetar en rincones oscuros, sórdidos, entre húmedos y polvorientos. Y ahí, en cambio, en aquella altura, dominaba una sensación de ingravidez y hasta de encantamiento, porque todos eran bailarines, hasta los mozos, y andaban, todos, en zapatos livianos, de tela, como zapatillas de baile, blancos, algunos, pero también amarillos, rojos, negros, y todos tenían largas cabelleras que flotaban en la luz, y movimientos acompasados, pausados, acompañados con gestos de manos alargadas, gestos que prolongaban, justamente, el movimiento, que subrayaban el ritmo, y con flexiones gráciles, aéreas, de la cintura, de los cuellos, de las piernas.

—¿Dónde cresta hemos venido a caer? —preguntó el Chico Adriazola, y nos parece, ahora, al cabo de tantos años, que la pregunta del Chico tuvo una serie de matices: alarma, sorpresa, encantamiento.

El Poeta se encogió de hombros. Porque el Poeta, por lo visto, había adquirido hacía rato el hábito de ingresar en parajes por el estilo, rincones de la ciudad gris, cochambrosa, tocados por alguna forma de magia. Eduardito, a todo esto, miraba para los cuatro puntos cardinales y se reía. Era una risa un poco nerviosa, casi estúpida, pero demostraba que estaba fascinado, y que se decía a sí mismo, probablemente, que los recintos de su caserón familiar de la Alameda, con sus penumbras y sus colecciones, sus piedras duras y sus animalillos esculpidos, sus pesadas lámparas funerarias, eran una alpargata vieja, una cueva siniestra, al lado de esta sala. Las mujeres, en vestidos vaporosos, tenían cinturas de avispa y mejillas y ojos de porcelana, como si se tratara de muñecas a escala humana, y el Chico, después, contaría que calzaban zapatillas recortadas, destinadas a bailar en punta, y que llevaban amarras de seda que subían hasta los tobillos y realzaban la maravillosa curva de las pantorrillas, sugiriendo la apenas escondida línea de los muslos.

—¿Amarras de seda?

—¡Amarras de seda! —confirmaría el Chico, moviendo las manos delante de los ojos de algún estudiante de provincia, de algún aspirante a empleado público, de algún periodista desdentado y de voz aguardentosa.

Eduardito, a pesar de su repliegue amargo, manejaba todavía un poco de plata. Pagó, entonces, un par de corridas de pisco sour dobles: copones que se llamaban catedrales, rellenos hasta los bordes, chorreantes de espuma. A partir del segundo, de la segunda catedral, los tres amigos empezaron a sentirse mejor: el mismo Eduardito, a pesar de que no estaba acostumbrado a esos ambientes, y el Poeta, que sí los había conocido, pero que no tenía un peso en el bolsillo, y que miraba a las bailarinas aladas con una especie de rabia, con un sentimiento muy semejante al rencor, y el Chico, a quien el alcohol le llenaba la cabeza de sueños disparatados, medio delirantes, que lo hacían creerse menos chico de lo que era.

Ocurrió, entonces, que Eduardito se encontró con una niña que conocía, por lo visto, desde hacía largo tiempo: una joven de buen porte,

elegante, de cara despejada, mirada vivaz, pelo castaño con uno que otro reflejo dorado: una maravilla de cabeza, de pelo, de pecho, de cintura, y unas piernas que sólo se adivinaban, porque tenía un vestido largo, de lanilla plisada grisácea, pero el vestido se entreabría de vez en cuando y dejaba divisar unos pies estupendos, calzados con zapatos de espléndidos tirantes plateados, y unos tobillos perfectos. Eduardito hizo las presentaciones del caso, sin pronunciar los apellidos de la chica con claridad, como se usa en Chile, por lo cual se supo que se llamaba Teresa Echazarreta o Echavarrieta Guzmán o Vidal o algo por el estilo (la Teresa Beatriz o Teresita acerca de la cual ya hemos adelantado algo), y el Chico Adriazola tuvo la inmediata impresión de que el Poeta, Ernesto, Armando, Enrique, encandilado, se encarrujaba, se llenaba de arrugas, como un monito detrás de su jaula, y se ponía tartamudo. Fue, desde luego, una reacción primera, breve, pero que el Poeta no pudo superar, como si la belleza, la elegancia, la mirada segura de la joven que acababan de presentarle, fueran superiores a sus fuerzas. Un minuto después, sin embargo, ante el asombro de todos, como si hubiera tenido una reacción que podríamos llamar eléctrica, pedía a gritos una tercera catedral, se la zampaba al seco y sacaba a la bella Teresa a la pista de baile. Habría que dejar constancia, aquí, para la historia del Poeta y hasta de la poesía, que ella, Teresa Beatriz, no opuso la menor resistencia. Por el contrario, aceptó la invitación con una sonrisa que podía derretir a cualquiera y que, de hecho, los derritió a todos (nos derritió a todos), y dejó al Chico y a Eduardito verdes de envidia.

La fiesta de la Escuela de Danza, entretanto, se acercaba o había llegado ya a su momento culminante. Había una música atronadora, nunca antes escuchada en la somnolienta ciudad, al menos por ellos, y se veía una pista repleta de parejas que evolucionaban y hasta volaban, inspiradas, con pasos y figuras que habíamos visto alguna vez desde la galería del Teatro Municipal, y muchos comprendieron que Eulalio, Armando, Ernesto, el Poeta de la casa misteriosa, conectada en alguna forma con las callejuelas petersburguesas de Fiodor Dostoievsky, se había propuesto estar a la altura de las circunstancias. De hecho, lo conseguía plenamente, puesto que bailaba en el centro de aquella pista, separado de la insuperable Teresita, o tomándola de repente de la cintura con manos que sudaban, y lo hacía con

movimientos febriles, desarticulados, descoyuntados, pero graciosos, como si representara el papel de un personaje de *El castillo* de Franz Kafka, o de *La colonia penitenciaria*, un Agrimensor que llegaba de otra parte, de no se sabía dónde, con cara de pregunta, o un detenido, un colono con un número en la espalda, y la verdad, la estricta verdad, era que Teresa Echazarreta Guzmán o Vidal, ante la sorpresa colectiva y los celos mal disimulados de muchos, no se notaba en lo más mínimo disgustada.

—¡Poeta cabrón! —cuentan que exclamó Eduardito, apretando los dientes, y el Chico no tuvo más remedio que abrir la boca de par en par, mostrando hasta la epiglotis, y reírse con una risa muda, con algo así como un estremecimiento interno, muy suyo. Se había formado un pequeño grupo alrededor de la pareja, y en la culminación de las cabriolas y las descoyuntadas contorsiones del Poeta contaron que hubo aplausos, ¡insoportables aplausos!, y hasta un par de ¡bravos! que no se sabía de dónde salían.

—Tomemos otro pisco, mejor —propuso el Chico, quizá con amargura, o con un esfuerzo de elegancia estoica, y Eduardito, más pálido que lo normal, con su mechón caído y su clavel blanco ya un poco ajado, se metió de nuevo la mano al bolsillo. El Poeta, entretanto, finalizada su exhibición, tomaba a la Teresita Echazarreta de los hombros, con la mayor soltura, como si ya se hubiera adueñado del terreno, y ella, por su parte, le invitaba un trago, una Coca—Cola, decía, pero tú, si quieres, le añades un poco de whisky.

Al final, les invitó Coca—Cola con whisky a los tres, y el mozo de la Escuela de Danza que servía los tragos, bailando detrás del mesón, haciendo morisquetas y bromas, les sirvió raciones generosas, de más de medio vaso cada una. Al poco rato, el casco de gomina que llevaba el Chico Adriazola se le había empezado a soltar, como a desplumar, y de repente comprobaron que Eduardito Villaseca, que tenía la lengua trabada desde hacía un buen rato, se había emborrachado como cuba. Cuando contamos todo esto, ya no sabemos si ocurría por el año cincuenta y dos o cincuenta y tres. Eran, probablemente, los comienzos del gobierno constitucional (ya que el anterior había sido de facto), de Carlos Ibáñez del Campo, el Paco Ibáñez, y en esa época la ciudad de Santiago era otra: una urbe más pequeña, de casas y caserones chatos, donde los edificios modernos podían

contarse con los dedos de la mano, y donde, en el minuto menos pensado, se encontraba uno en la galería de los alemanes pobres de la calle Esmeralda, al lado de un busto de Wolfgang Amadeus Mozart en yeso y tapado de escupos, con el sombrero enhuinchado de algún parroquiano hundido en la frente y bigotes pintados con corcho quemado, o en un piso número once o número doce de la calle Huérfanos, rodeado de sílfides en las puntas de los pies, de cisnes de cuello negro y corbata de humita, de cazadores furtivos, o, por último, en una cervecería subterránea de la calle Merced o Monjitas o quizá José Miguel de la Barra, adornada en los muros con cabezas de venados de enroscados cuernos y ojos salidos de las órbitas, pero donde nunca se presentaría el Doctor Fausto en persona, y menos su famoso interlocutor, Mefisto o Mefistófeles.

Los testimonios, en cualquier caso, coinciden en un episodio curioso, casi heroico. El Chico, de repente, a pesar de todos los pesares, vale decir, del tamaño, de la inseguridad, de la falta de talento para la poesía, se zampó el concho de su whisky con Coca—Cola de un solo viaje, sin pestañear. Anduvo, en seguida, algunos pasos, sacando pecho, y se paró, impertérrito, frente a la bailarina principal de la famosa Escuela de Danza, una mujer pálida como el papel, de ojos pintados de lila y azabache, pestañas desproporcionadas, facha soberbia, que lo doblaba en estatura. Se paró sin más, diminuto y heroico, Lord Byron en miniatura (como le gustaría decir en los años que siguieron a la inefable Teresita Echazarreta), pestañeando como un azogado. Hizo una reverencia ceremoniosa, echando el botín izquierdo para atrás, y le propuso que bailaran.

—Bailemos, princesa —dicen que dijo, y ahora no sabemos si lo más asombroso fue la reverencia cortesana o el extraordinario piropo. El caso es que la primera bailarina, sin la menor vacilación, musitó: ¡Encantada!, y se lanzó a la pista de un salto aéreo, como si saliera en vuelo de los cortinajes laterales de un escenario.

El sorprendente Chico también dio un saltito, e hizo en seguida toda clase de evoluciones improvisadas, con una audacia que ni siquiera él mismo, probablemente, se conocía. Porque así eran las cosas, en aquellos años, y cada noche traía su sorpresa. Lo que se sabe todavía, lo que muchos recuerdan como si fuera hoy, es que la sobrenatural *prima ballerina*, al fin

del baile, con una sonrisa y un gesto encantadores, exclamó en voz alta, para que todo el mundo oyera:

—*Il est magnifique!* Tiene condiciones estupendas.

En otras palabras, el Chico Adriazola, alias el Pipo Adriazola, también había triunfado en toda la línea. Pero el triunfo suyo, claro está, había sido más efímero, más transitorio, más imposible, en cierta manera, que el triunfo del Poeta. El único que no lo pudo saber y celebrar fue Eduardito: estaba con los ojos aún más vidriosos que antes, apoyado en el mesón a duras penas, a punto de desplomarse, y un hilo de baba se le deslizaba por la comisura de los labios. El Chico y el Poeta llegaron a temer que lo expulsaran del recinto esplendoroso, donde la fiesta continuaba en su apogeo y donde ya se anunciaba la aparición del Maestro de Baile, pero la gente, en realidad, desfilaba por el lado suyo y se limitaba a reírse y a mostrarlo con el dedo, haciéndole el quite. Ellos supieron, después, que había mostrado unos billetes en el momento de comprarse una copa y que una pandilla de jóvenes de aspecto tirillento, no se sabía si poetas, bailarines o electricistas, le habían sacado varias corridas de trago y lo había dejado planchado.

—*Porca miseria!*

De todos modos, a pesar de los jóvenes bolseros, de uno que otro filisteo infiltrado, de algún viejo maricón y medio borracho que andaba tratando de sobajear y de agarrar algo, el Poeta y el Chico (no Eduardito, porque estaba fuera de juego), tenían la sensación de encontrarse en un mundo superior, en un Olimpo santiaguino que hasta entonces habían ignorado. El que más se divertía era el Chico, el más impresionado por lo novedoso de la situación, y de cuando en cuando, en el colmo de su euforia, daba una zapateta en el aire, contemplado con simpatía y hasta con un dejo de ternura, desde el otro extremo de la pista, por la deslumbrante *prima ballerina*. En una de éstas, Teresa Echazarreta o Echavarrieta se desprendió del tumulto que se apretujaba en la pista de baile, como quien sale del mar, deslumbrante, un poco sofocada, con las mejillas rojas.

—Bailemos —le propuso el Chico, porque ahora, después de su baile con la bailarina estrella, se sentía capaz de todo.

—Con una condición —dicen que respondió Teresa.

—¿Cuál? —preguntó el Chico, un poco asustado.

—Que no me pongas las manos en los botones de atrás del vestido. Porque tu amigo —agregó, mirando al Poeta con algo de burla y una vaga ternura—, el bailarín loco, me pasó por ahí sus dedos gordos, traspirados, y me los tiene deshechos.

Para ser tan elegante, la bella Teresa tenía una curiosa manera de hablar: entre niña de las monjas, de las mejores familias, y huasa de campo. Se puso de espalda, para que el Chico y el Poeta vieran, y todos comprobaron (pudimos comprobar) que Eulalio, Armando, Ernesto, en su ardor, vale decir, en su torpeza ardiente, le había desintegrado cinco o seis de los botones de su vestido gris, que se levantaban como hollejos de uva y mostraban el forro blanco, mancillado.

El Chico aseguró, con una reverencia graciosa, que no tocaría esos botones por nada del mundo, y bailó con la delicada, incomparable Teresita, un tango, *Cambalache*, haciendo las piruetas, los giros, los cortes más diversos. Regresaron de la pista y el Poeta abrió la boca en forma francamente anormal, como si estuviera dispuesto a tragarse los botones de la espalda de la joven uno por uno. No sabemos si lo hizo por celos, por despecho o por alguna otra cosa, por algún motivo confuso. Teresa Beatriz, entretanto, les daba la espalda, la de los botoncitos estropeados, y aplaudía como loca, junto al resto de la concurrencia, porque en ese instante preciso hacía su aparición el Maestro de Baile, Zoltán Zo de Zotopalski o algo parecido, un eslavo alto, de hermosa cabellera y rasgos faciales que parecían esculpidos a cuchillo, de capa negra que flotaba a su espalda, descendiente, según algunas versiones, de un príncipe magiar que había sido decapitado, y según otras, del Conde Drácula en persona.

## 8

Cuando por fin salieron a la calle, el Chico Adriazola tuvo la impresión de que con el aire fresco, fuera del ambiente artificial que dominaba en el undécimo piso, Eduardito se había repuesto un poco, y de que el Poeta, en cambio, envenenado por dentro, estaba mal. No daba una impresión de mareo, de ebriedad, de pérdida de los sentidos, pero sí de loca, desaforada impaciencia, de rabia descontrolada, como si la Teresita Echazarreta Guzmán o Vidal lo hubiera trastornado, y como si Jorge Cáceres o Caviedes, bailarín y poeta surrealista, amigo de la gente de La Mandrágora, y el maestro húngaro, o quizá croata o rumano, Zoltán Zo de Zotopalski, o de Solovetski, o algo parecido, lo tuvieran hasta los reverendos cojones.

—Parece que la Coca—Cola te hizo mal —le dijo el Chico—, a pesar de la gotita de whisky.

El, entonces, se puso a girar sobre sí mismo, al comienzo despacio, como si iniciara un movimiento deportivo, militar, no se sabía qué, y en seguida más rápido, como un poseso, con los puños cerrados. Después cerró los ojos, girando a más velocidad, inclinándose hacia un costado, ante la perplejidad del Chico y la sonrisa embobada de Eduardito, y uno de sus puños cayó pesadamente sobre una ventana baja, cerrada a machote (en la época de esa fiesta, en la calle Huérfanos al llegar al cerro Santa Lucía, había gente que todavía dormía en casas de un piso, en dormitorios profundos cuyas ventanas daban a la calle). El caso es que los vidrios de la ventana reventaron en mil pedazos, y se escucharon gritos en el dormitorio y hasta en los patios del fondo, acompañados de ladridos de perros y del canto vigoroso de un gallo seguido de otro gallo. El Poeta quedó con el

puño herido, con una astilla de vidrio clavada. El Chico Adriazola le sacó la astilla con el mayor cuidado y le miró el puño contra la luz de un farol para ver si se le habría clavado alguna otra. Lo hizo con ternura, con solicitud casi maternal, mientras Eduardito, ahora, más oreado, observaba con una mezcla de asombro y de vaga alegría.

—Es la Teresita —murmuró el Poeta, casi llorando.

Eduardito Villaseca seguía con la boca abierta, como si todo lo que ocurría y escuchaba le pareciera completamente desusado, y el Chico, desconcertado, soltaba el puño magullado y algo ensangrentado del Poeta, ¿Enrique, Armando, Eulalio?, cuando escucharon un feroz pitazo, un sonido estridente que rasgó la noche, y divisaron, a unos sesenta metros de distancia, en la mitad de la calle, en una ligera niebla que se había levantado, a una pareja de carabineros que corría en demanda de ellos.

Lo que dicen que hizo el Chico, entonces, su reacción inmediata, fue completamente diferente de lo que hicieron el Poeta y Eduardito. Fue, para ser más preciso, el reverso exacto de lo que hicieron ellos, y consistió en correr a todo lo que le daban las piernas, pero en sentido contrario, es decir, en dirección a la pareja de carabineros, en lugar de hacerlo en contra, movimiento que le permitió al Chico escurrirse por entre los dos policías, que corrían con la mirada fija en los que escapaban, con los ojos salidos de las órbitas y los palos de luma empuñados, listos para caer en las espaldas de los revoltosos (no sabemos si en aquellos años inaugurales se hablaba ya de subversivos). Pasó, pues, el Chico Adriazola entre la pareja de guardianes de la ley (como se decía entonces y se sigue diciendo), amparado en la oscuridad neblinosa y en su baja estatura, y algunos contaron más tarde, en diversos mesones y tertulias, que había pasado por debajo de las piernas de los pacos, lo cual no era más que un chiste o una caricatura. Pasó, pues, el Chico, alias el Pipo, y desapareció en las sombras nocturnas, escuchando el ruido de las botas que corrían en la dirección contraria, pensando en las caras obtusas de los representantes del orden clavadas en las grupas de sus dos amigos, los cuales, por razones fáciles de comprender, huían, huirían, de pésima manera, acezando, tropezando, ayudándose con la mayor torpeza, torciéndose tobillos (y se supo, más tarde, que el Poeta, en su huida, se había torcido, precisamente, el tobillo izquierdo), babeando (si no güitreando, como se decía y todavía se dice,

cantando la canción del güitre), de modo que pronto, como se corrió la voz al día siguiente en los parajes del Forestal, en los boliches del final de la mañana de domingo, fueron detenidos, sin alcanzar a sentir en sus espaldas las caricias del palo de luma, porque eran la imagen viva de la derrota, del derrumbe humano, y llevados a la comisaría más cercana, una que se encontraba y todavía se encuentra en la calle Santo Domingo al llegar a la esquina de Enrique Mac Iver. Ahí, como también se llegó a saber bastante pronto, el Poeta, deprimido, abrumado, con cara de funeral, entre cetrino y verdoso, con el labio inferior, negroide, según algunas malas lenguas, morado y caído, se confesó frente al oficial de guardia como el único culpable, puesto que su acompañante, dijo, Eduardo Villaseca, hijo de don Ramiro Villaseca, no había tenido nada que ver en los hechos que se le imputaban, gesto de hidalguía del Poeta que fue celebrado en los más diversos recintos y tugurios del barrio bajo de la ciudad y de algunos sectores de la Comuna de Nuñoa. A consecuencia de su confesión, demostración de su espíritu de colaboración con la justicia, obtuvo permiso, el Poeta, para esperar en un patio del fondo, al aire libre, ya que de otro modo habría tenido que ser encerrado con doble llave en una celda donde había un hacinamiento de cuchilleros y borrachines del lumpen, y se le permitió, parece, hablar unas palabras con Eduardito. Según las versiones más confiables, el Poeta le pidió a Eduardito que fuera a despertar a su padre, don Eulalio Enrique Clausen, que vivía en una calle atravesada de Nuñoa, no lejos de la avenida Los Leones, y le dio, de paso, la llave herrumbrosa de su pieza en el caserón destartado del centro, en el vecindario de Raskolnikov y del pintor que había inventado a Ronsard, el otro pintor. Desde ahí, según los relatos más autorizados, fue llevado en una furgoneta enrejada, junto a delincuentes piojentos, de cataduras peligrosas, a la Cárcel Pública de calle General Mackenna.

La causa contra el Poeta, encabezada por su nombre civil completo, pero no son muchos los que han tenido ocasión de leer aquella carátula con sus propios ojos, quedó radicada en uno de los juzgados del crimen contiguos al edificio de la cárcel, y algunos creen que su detención se produjo un día sábado por la mañana, pero era una mañana de domingo, circunstancia que explica que los juzgados del crimen de menor y mayor cuantía estuvieran cerrados a piedra y lodo, y que, en consecuencia, las

posibilidades del Poeta de salir en libertad antes de la mañana del lunes fueran escasas.

De manera que el Chico, después de su escapatoria, escuchó el ruido decreciente de las botas que corrían calle Huérfanos arriba, rumbo al cerro, y el estallido de uno que otro pitazo en la distancia, y sólo pudo imaginarse el resto, y más tarde confesó que se lo había imaginado con mala conciencia, a pesar de que en la acción del puñetazo, que había brotado de no se sabía qué capas geológicas de la conciencia del Poeta, o de su inconsciente, no había tenido arte ni parte.

Y más tarde se tuvo información, de fuentes más o menos seguras, de que a Eduardito Villaseca, hijo de don Ramiro Villaseca y de doña Toya de tanto y tanto, como era previsible, le habían mirado la ropa de buena calidad, los zapatos de charol, la corbata de seda, y lo habían tratado bien, o más o menos bien, a pesar de la cara de mareado que todavía tenía, mientras que al Poeta, más zarrapastroso que nunca a esa hora de la madrugada, y autor principal y confeso del atentado contra la propiedad, los carabitates de la comisaría de Santo Domingo lo habían tratado no tan bien, con uno que otro empellón y uno que otro garabato, a pesar de lo cual habían respetado la diferencia entre él y los piojentos y hampones de todas las noches.

## 9

**E**ra, al comienzo, un gran patio encajonado entre muros altos, oscuro, lóbrego, un hoyo negro rodeado de cavernas enrejadas, hasta que despuntó una claridad encima de los techos, y esa claridad pasó de un color azul piedra a un azul celeste, iluminado desde lejos, desde atrás de las cumbres cordilleranas, desde el otro lado del mundo. Al cabo de un tiempo, los rayos del sol empezaron a lamer las alturas, a tocar las cornisas y a bajar después por muros descascarados, por ventanas redondas donde se apiñaban cabezas peladas al rape, entre barrotes, por galerías de luz verdosa, incierta, separadas del exterior por rejas tupidas. En las galerías también había presos apiñados, y algunos estiraban los brazos por entre los barrotes y movían las manos para pedir algo, pan, o plata, o lo que fuera, un minuto de atención, más que no fuera.

—Le aconsejo que se quede por aquí —le dijo un gendarme barrigudo, que tenía la gorra levantada por encima de la frente—, que no se meta p'allá. Y si le dan ganas de dormir, duerma en esa piezucha que está cerca de la entrada. Ahí tiene una frazada p'a abrigarse.

Con su cara de asco más acentuada que nunca, con la sensación incómoda de haberse manchado sin remisión, de estar meado por los gatos, cagado, el Poeta se acercó a la pieza que le había mostrado el gendarme. No se veía ninguna frazada, pero el gendarme gordo, respirando con dificultad, sudando en forma copiosa, a pesar de lo temprano de la hora, le indicó la parte alta de un armario.

En ese lugar había una manta apolillada, fétida, pero que serviría para cubrirse a la hora de dormir, y el gendarme, en seguida, le indicó un banco

de madera donde un negro viejo, de barba entrecana, dormía sentado. La cabeza del viejo, con sus poros abiertos, del color del azabache, y sus canas enroscadas, se iba inclinando de a poco, acercándose al suelo de ladrillos irregulares, hasta que el hombre, con un resoplido brusco, despertaba y se enderezaba.

—No se vaya a acercar p'allá —insistió el gendarme, señalando la parte del patio que llevaba a las puertas enrejadas de las galerías.

—¿Por qué?

—Porque los presos se lo culean antes que usted alcance a decir pío. ¿Entiende?

—Entiendo —dijo el Poeta, y se preguntó si no sería mejor dormir en el banco, sentado como el negro viejo, cuyos ronquidos tropezaban, se atascaban, como si de repente se le cortara la respiración, o tendido en los ladrillos del suelo.

—Duerma en el suelo —le aconsejó el gendarme—. Porque si duerme sentado, como ese negro huevón, puede darse un tremendo costalazo. Desde que estoy aquí, he visto a montones de gente azotar la cabeza contra el piso —y daba la impresión, la vivida impresión, de haber estado ahí, en ese purgatorio santiaguino, desde hacía una eternidad.

Él siguió los consejos del gendarme. Descubrió que los ladrillos del suelo eran gastados, irregulares, duros, que estaban llenos de aristas filudas, y que al dormir molían los huesos. A pesar de eso, consiguió conciliar un sueño profundo. Después les contó a sus amigos que había soñado en el patio de la Cárcel Pública, en lo último de lo último, en el fondo de lo siniestro, con la Teresita Echazarreta, ¡qué belleza!, y que Teresa, Teresa Beatriz, la Teresita, le mostraba su espalda desnuda, martirizada, visible a través de los botones deshechos por sus dedos ansiosos, botones que sus labios sedientos, igualmente ansiosos, habían baboseado y mordisqueado, y en seguida, en lo mejor del sueño, veía y hasta podía tocar los encajes de los calzones de la Teresita, y él estaba en la gloria, los ladrillos filudos se habían transformado en almohadones de plumas, pero en ese preciso instante, cuando sus dedos empezaban a deslizarse por debajo de los encajes, las manos pochadas del gendarme lo habían despertado dándole unos golpecitos.

—Lo buscan —dijo, con su voz ahogada.

—Voy —dijo el Poeta.

—No —respondió el gendarme—. No puede ir. No son horas de visita. Pero si espera un rato detrás del portón, puede saludar a su gente en el momento en que el portón se abre. Yo les voy a decir a ellos dónde tienen que ponerse para que se vean. Y si usted se entiende con ellos por señas, yo me hago el lesó.

—De acuerdo —dijo el Poeta, que ya pensaba en la posibilidad de escribir un poema inspirado en el gendarme de piel rojiza, gordito, con la gorra de servicio levantada por encima de la frente cubierta de transpiración.

Después de esperar durante minutos que no pasaban nunca, el portón de fierro, enorme, se abrió con un chirrido, un lamento de materiales fatigados, y él alcanzó a divisar a su padre, Eulalio Enrique Clausen, con cara de sueño, preocupado, sin afeitarse, y a Eduardito, Eduardo Villaseca, que todavía, por lo visto, no había podido recogerse en su casa de la Alameda, pálido, ojoso, despeinado, con cara de alarma.

El Poeta calculó que Eduardito había subido a Nuñoa, a la dirección que le había alcanzado a dar en la comisaría de Santo Domingo, a despertar a su padre, y que habían bajado hasta la Cárcel Pública, en el barrio de Investigaciones, de las putas de la calle San Martín, de la Estación Mapocho, juntos. Lo más probable era que hubieran bajado en algún medio de transporte colectivo, en una liebre, quizá, ya que don Eulalio Enrique, arruinado en su juventud, empleado mediano del Ministerio de Obras Públicas, no era dueño de automóvil. Y se supone que ellos, por su parte, desde su perspectiva externa, divisaron al Poeta al otro lado del portón, cansado, desmelenado, mal agestado, con la ropa arrugada hasta un extremo indescriptible, con una manta apolillada, inmunda, puesta encima de los hombros, pero, a pesar de todo eso, igual a sí mismo, entero, con su expresión de asco universal y a la vez de burla, de broma, de tomadura de pelo, y se volvieron locos haciéndole señas.

Su padre pronunció unas palabras en silencio, colocándose las manos a ambos lados de la boca, y él, es decir, el Poeta, Eulalio, Armando, entendió. Estamos buscando al juez para que te saque de adentro, le quería decir su

padre. Y en seguida levantó unos envoltorios donde había un par de sandwiches, parecía que pan de hallulla con mantequilla y chanco arrollado. El gendarme gordo, mirando los envoltorios con expresión de gula fingida, como diciendo: ¡qué rico!, ¡qué regalonería!, se los entregó diez o quince minutos más tarde, cuando el portón ya se había clausurado de un golpe, y él supo después que su padre había aceitado al gendarme gordinflón con una buena propina. ¡Pobre viejo! Había otros presos de cráneos rapados, de miradas verdaderamente hambrientas, que merodeaban ahora por ahí cerca, y él se tuvo que encerrar en una letrina maloliente, llena de enjambres de moscas, a comer las hallullas con abundante manteca y arrollado a lo huaso. Fue un banquete, un banquetazo, a pesar del olor a meado y a mierda, y después tomó agua de la llave hasta enguatarse. Pensaba, pensamos, en otros poetas encarcelados, en Oscar Wilde, obligado a trabajar en un torno en la cárcel de Reading, en Domingo Gómez Rojas, el mártir del año veinte, en un turco del que hablaba siempre Nerón Neruda, en Miguel Hernández.

—Que la luz de los astros te peine los cabellos —recitó, exaltado, riéndose un poco, pero sin desprecio, con cariño, de Gómez Rojas, levantando los brazos, observado sin la menor condescendencia por un par de presos. Aquí no se admiten poetas maricones, supuso que pensaban ellos, clavando en él miradas amenazantes, y sintió que era Oscar Wilde reencarnado, pero con un ligero añadido de Domingo Gómez Rojas, el poeta mártir, y, por qué no, de Ezra Pound en su jaula.

—¡Que Dios nos ampare! —murmuró, sonriendo, encogiéndose de hombros. El gendarme gordito estaba cerca del portón de fierro, con las manos cruzadas en la espalda, balanceándose sobre los pies. Le hizo una seña para que se acercara, porque él ya se había internado en la zona de peligro.

—¡Hágame caso, joven! —le sopló—. Por su bien se lo digo.

El juez competente no apareció por ningún lado durante ese interminable domingo, y él sólo pudo ser interrogado por un actuario de manguitas negras y obtener su libertad bajo fianza el día lunes al final de la mañana. Tuvo que llamar a su padre a su oficina del Ministerio de Obras Públicas para que se acercara al juzgado a pagar la fianza. Y cuando cruzó

el portón de fierro, después de buscar al gendarme barrigudo para despedirse como correspondía (pero el gordito no se divisaba por ninguna parte), estaba muerto de sueño y de hambre, mortalmente fatigado, y con el puño, el del puñetazo en los vidrios, adolorido, amoratado, medio hinchado.

—¡Por imbécil! —le dijo a Eulalio Enrique Clausen, su padre—, porque, al fin y al cabo, ninguno de nosotros era Jean—Arthur Rimbaud, y ni siquiera Romeo Murga, o Romeo Murga a lo mejor sí...

—¿No se te habrá subido a la cabeza, más bien, Carlitos de Rokha? —preguntó su padre. Conocía bien a sus amigos, el viejo, y había leído poesía en alguna época de su vida, pero de autores diferentes, de autores como José Asunción Silva, Gustavo Adolfo Bécquer, Manuel Magallanes Moure, y no era malo para echar tallas sin aspereza, para las salidas socarronas, para los tironeos del codo. Llevó a su hijo, al reo recién excarcelado, a un bar del sector de los tribunales de justicia, y observó con un gesto irónico, aun cuando era, en el fondo, una mirada de complacencia paternal, cómo el joven delincuente (así dijo) devoraba unas empanadillas fritas, un suculento, desbordante chacarero en pan de marraqueta, dos pilsener bien heladas, una respetable porción de duraznos al jugo con helados de vainilla y crema. Después, bastante recuperados ambos, contentos, se subieron a una micro Estación Central—Vicuña Mackenna—Plaza Egaña, y el viejo empleado público se preocupó de que el hijo poeta, después de abrazar a su madre, de saludar a su hermana, de pellizcar en las mejillas a la cocinera gorda, Petronila, descansara en la pieza llena de afiches, de papeles pegados a la pared, de fotografías clavadas con chinches, de su infancia y su adolescencia. Eulalio Enrique, el papá, daba la impresión de estar chocho, de haber recuperado a su hijo, de que hubiera sido el hijo bíblico, el pródigo, que regresaba. Para eso, a fin de cuentas, había servido el incidente de la salida del baile de la Escuela de Danza, el de la ventana abofeteada. Para eso, y quizá para más que eso.

## 10

**E**l Poeta durmió la noche del lunes, el día de su salida de la Cárcel Pública de calle General Mackenna, en la casa de sus padres, por allá por Nuñoa arriba, una casita con unos pocos metros cuadrados de jardín, un patio trasero descuidado, un perro grande, lanudo, cuya lana se había puesto amarillenta con los años, y hasta dos o tres gallinas castellanas acompañadas por un gallo de aspecto arrogante, aunque anciano. Durmió en el dormitorio que años atrás había sido suyo, debajo de los afiches y los variados recortes de su adolescencia, que su madre no había permitido que nadie sacara. Era un altar, un animita de su adolescencia difunta, y se suponía que su madre, de cuando en cuando, le dirigía un rezo. Entre las estampas y los afiches, desteñidos, resquebrajados, él volvió a encontrarse con un grupo de elefantes asomados a un abrevadero selvático, y un águila imperial en vuelo, y un Carlitos Chaplin sentado en una vereda y acompañado de un perro triste, y también, no sin orgullo, no sin sentirse conmovido ante el adolescente que había sido, con una imagen más bien sombría, intensa, conmovedora, de Franz Kafka joven, con expresión de fragilidad y a la vez de terquedad, de persona tocada por el hálito de la profecía, aparte de un retrato a lápiz de su madre, firmado por él con gran despliegue de rúbricas y hasta modestamente enmarcado, pero de mediocre calidad como dibujo, tenía que admitirlo, ¿no se había dedicado a la poesía, en una familia de pintores por la línea materna, debido a que el genio de la pintura, a él, no le había tocado? La verdad es que las dudas acerca de su talento, de sus talentos, mejor dicho, lo asaltaban pocas veces, pero ahora, cuando acababa de escapar de la cárcel, de los piojos, de cosas todavía peores, parecía que la inseguridad, como remate de tantos tropiezos,

asomaba la cabeza. Alcanzó a sentirse más o menos deprimido, pero una caricatura pegada junto al respaldo de la cama, encima del velador, con una chincheta, un recorte que se le había olvidado, lo hizo reírse de buena gana. Era un gordo grande (parecido, pensó ahora, al gendarme gordinflón de la Cárcel Pública), que le hacía una confidencia a un gordito más chico, un episodio de humor que no se podía definir, y al lado de los dos gordos había un recorte de la revista *Pro Arte*, un número del año 47 o 48, en tipografía estropeada y anacrónica, pegado con otra chincheta: un poema de César Vallejo que relejó con gusto, con emoción. Morirme en París, murmuró, con gravedad, con un sentimiento que lo traspasaba, y murmuró después: recuerdos del futuro, de un día que aún no había transcurrido. En seguida, pensó que dormir entre sábanas limpias, con la cabeza posada en edredones de plumas, y despertar a la mañana siguiente frente a la bandeja humeante del desayuno, era bastante mejor que dormir en un suelo de ladrillos dispares, puntiagudos, junto a un negro viejo y enfermo.

Había pensado en todas esas cosas con perplejidad, con la boca abierta, rascándose la coronilla desgredada, mientras tomaba su café con leche de la mañana, y después, como a las cinco de la tarde, a pesar de eso y de todo, había entrado al dormitorio de sus padres y había dicho, perfectamente decidido:

—Vengo a despedirme.

—¿Y por qué no te quedas? —preguntó su madre, con voz de súplica, una voz que él le había conocido desde que tenía uso de razón, pero que a menudo se le olvidaba. Su madre tenía una hermana que era profesora de piano y un hermano arquitecto y pintor de fines de semana, aparte de un abuelo que era un clásico de la pintura chilena, y se suponía que a él le venía el talento de artista por esos lados. Pero él hizo un movimiento vigoroso de negación con la cabeza, un movimiento inapelable.

—Porque no —dijo.

Ella, entonces, desolada, bajó la vista, a punto de soltar el llanto, y su padre, que observaba la escena con preocupación, le hizo un gesto a espaldas de ella para que no insistiera más en el punto, para que saliera sin mayores trámites. El Poeta besó a su madre en la frente y a su padre en la sien derecha.

—Haz lo que te dé la gana —dijo su padre—, pero no te olvides de que aquí tienes tu casa. Y tu familia.

—Adiós, mi viejo —murmuró él—, y gracias por pagarme la fianza.

Cuando cerró la puerta del dormitorio, se escuchaba el llanto silencioso de su madre, que nunca aprendía, que no escarmentaba. El se dirigió a la cocina y le pegó una palmada en el trasero descaderado a la Petronila, la empleada que le habría servido los desayunos, que le habría lavado los calzoncillos, en caso de que se hubiera quedado a dormir ahí para siempre.

—¡Mocoso insolente! —exclamó la Petronila, y estiró un brazo descarnado para abrazarlo y darle un beso. Le pidió que se portara bien, que durmiera ocho horas diarias por lo menos, que tomara una alimentación sana, y que no se emborrachara. Además, le dijo, dicen, porque sabía de qué hablaba, que tuviera mucho cuidado con los amigos con que se metía.

—Ande con gente buena —le dijo—, con gente católica, que vaya a misa.

El se rió con algo de exageración y le dio un segundo beso en las mejillas apergaminadas. Partió al antiguo dormitorio de su infancia y su adolescencia y sacó una mochila arrumbada en el fondo de un ropero: una mochila de sus años de colegio, descolorida, rota en las costuras, pero que podía servirle. Metió adentro la fotografía de la manada de elefantes, el retrato de Franz Kafka de joven, la caricatura de los dos gorditos, uno grande y otro más chico, el poema de César Vallejo, *Piedra blanca sobre piedra negra*, archiconocido, se dijo, pero siempre bello, emocionante, además de unos calcetines de lana, una raqueta belga de madera de una marca poco conocida y una radio de velador en desuso, del año de la pera, pero cuyo diseño de una vanguardia pasada de moda le gustaba, y que podía, por lo demás, tener algún arreglo. Se subió a un trolley que bajaba por Bilbao, cargando con la mochila, la radio y la raqueta de tenis, miró las casas que desfilaban frente a las ventanillas, con tranquila alegría, después de su descenso a los infiernos carcelarios, y se bajó en el paradero de la Pérgola de las Flores. Ahí se acordó de que le había pasado las llaves a Eduardito en la comisaría de la calle Santo Domingo. Pero resultó que el pintor Ortega estaba en su taller, en plena creación de un crepúsculo

cordillerano de Charles Ronsard, y él siempre le guardaba, por precaución, una llave de reserva. El Poeta entró, pues, a su pieza, cerró la puerta, y tuvo la sensación de que había contribuido con la más perfecta inconsciencia a aumentar el indescriptible cachureo encerrado entre esas cuatro paredes. Porque el contenido de su mochila se sumaría ahora al caos general, y ¿quién le mandaba traer una raqueta inútil, cuando hacía por lo menos ocho años que no pegaba un raquetazo, y una radio que había dejado de escuchar en su adolescencia, al final de una larga pleuresía? Se sintió agobiado, y después advirtió que en el baño, encima de la repisa rota, había una escobilla de dientes que no era suya. Eduardito, pensó, y calculó que Eduardito, acostumbrado a espacios más holgados, no habría podido aguantar diez minutos en ese encierro y habría salido a vagabundear, a tomar aire, o ya habría vuelto, quizá, a su redil de lujo. ¡Pobre Eduardito!, se dijo, porque jamás habría pensado que el pobre era él. Y la verdad es que no lo era. Porque podía encerrarse, encender la luz del velador y escribir una poesía maestra en su cuaderno escolar, mientras que Eduardito, el pobre Eduardito...

Tiró la radio vieja y la raqueta de tenis de madera, llena de rasmilladuras, a un rincón donde la acumulación del cachureo era relativamente menor. Si Eduardito regresaba a la pieza, la cosa podría ponerse seria, pero era poco probable que regresara. Se habría olvidado de su escobilla de dientes y se compraría otra, total... Después sacó un par de chinches del cajón de su velador, donde los chinches o chinchetas nunca faltaban, junto a alguna bala de acero, por ejemplo, a argollas rotas de cortinas desaparecidas, a la mitad de una muela que se le había caído hacía poco, a otros objetos no menos heterogéneos, y pegó en un espacio de la pared un poco menos atiborrado la fotografía del joven Kafka. Tiró al suelo el recorte de los elefantes en su abrevadero, y dejó el poema de César Vallejo encima de la cama desarreglada. *Me moriré en París con aguacero*, recitó, *un día del cual tengo ya el recuerdo*, y junto con recitar se volvió a rascar la coronilla. ¿Por qué? ¿Porque el talento del otro le provocaba una reacción de perplejidad? Recordó el título enigmático del poema, alusivo, indirecto, caprichoso, pedregoso. Buen título, se dijo, y avanzó el labio inferior, pensando que el genio de la poesía era el genio del verbo, de las palabras, que llegaba como un rayo y nunca se sabía de dónde llegaba, y

volvió a rascarse la coronilla en desorden, intrigado, hasta cierto punto angustiado.

Dicen, esto es, dijeron bastante tiempo después, y nunca se supo dónde lo dijeron, ni cuándo, ni quiénes, que esa misma tarde, después de la salida de la cárcel, de su breve paso por la casa de sus padres y del regreso a su pieza en la Casa de Dostoievsky, comenzó a escribir uno de sus mejores poemas, a lápiz de mina, en un cuaderno a rayas en el que ya quedaba muy poco espacio, tendido de lado sobre el camastro, entre las manchas de café y las de semen, y que el frío lo empujó a recoger del suelo su abrigo raído y a ponérselo. El abrigo tirado en el suelo no era otro que el abrigo ideal, vale decir, inexistente, o apenas existente, reducido a la condición de tela de cebolla, de que hablaba Rimbaud en uno de sus versos. Parece que siguió escribiendo tirado en la cama, de abrigo puesto y hasta con el cuello subido, sirviéndose del lápiz de mina mocho y al que de cuando en cuando le pasaba la lengua. En seguida, agobiado, con los músculos de la espalda adoloridos, salió, cuentan, con el cuaderno y el lápiz en el bolsillo, a la noche, en busca de algún refugio humoso y caluroso, de los muchos que había en Santiago, y donde nunca faltaba un alma caritativa que le invitara un vaso de vino. Se supo que había subido con pasos cansinos, con las manos hundidas en los bolsillos del famoso abrigo, por la escalinata del Club de los Hijos de Tarapacá, situado en el segundo piso del Café Bosco, frente a la Pérgola de San Francisco, y que de repente se había detenido, estupefacto. ¿Por qué? Porque ocurría, ¡oh, coincidencia!, triste coincidencia, en verdad, que Eduardito Villaseca, su amigo, cabizbajo, pálido, derrotado, bajaba por la misma sucia escalinata, seguido por don Ramiro, su padre, por su hermano mayor, un gordote aficionado a las carreras de caballos y que trabajaba en la Bolsa de Comercio, por Filomeno, el chofer, con su cara huesuda, de caballo, precisamente, aunque no de carrera, y su expresión cínica, y por un joven de pelo negro engominado y con aspecto de tira de Investigaciones. Todo el cortejo, contaron, se detuvo, y nos podemos imaginar las caras de don Ramiro, del hermano mayor, del chofer, del joven tira, para no hablar de la cara de Eduardito.

—¡Perdóname! —dicen que le dijo Eduardito al Poeta (¿Ernesto, Eduardo, Armando?), y que se lo dijo con ojos llorosos.

—¿De qué? —preguntó el Poeta.

—No nos interrumpa —parece que dijo don Ramiro, Harpagón, trastornado de rabia.

—De todo —dijo Eduardito, y abrió los brazos. El Poeta y Eduardito, entonces, se confundieron en un abrazo emocionado, apretado, y alguien contó que el viejo se había puesto a aullar como un animal de la selva, mesándose los cabellos, pero fue una probable exageración, o un invento completo. Eduardito devolvió en ese momento, a vista y paciencia del furioso Harpagón, la llave herrumbrosa de la pieza de la Casa de Dostoievsky, después de lo cual el Poeta, de manos hundidas en los profundos y desgarrados bolsillos, se hizo a un lado, y el extraño cortejo siguió su camino de bajada. El Poeta sintió (suponemos) que algo le entraba hasta el fondo del pecho: una amargura, un inagotable rencor, un acero frío. En las mesas del Club de los Hijos de Tarapacá había un bullicio general, confuso, acompañado de copas que chocaban, de botellas que se descorchaban, de risas destempladas, de gritos, de alaridos, y el Chico Adriazola, el Pulga, de repente, estaba junto a él, mirando hacia arriba, tirándolo de la manga.

—Ya lo arreglaremos —decía.

—¿Qué cosa?

—Lo de Eduardito.

—No creo —replicaba él—. No tiene ni el menor arreglo —y movía la cabeza, desesperanzado, con los ojos inyectados en sangre, al borde mismo del llanto.

## 11

**D**espués supimos mejor lo que le había sucedido a Eduardito. Esto es, tuvimos no poca información acerca de los pasos que había seguido después de separarse frente al portón principal de la cárcel, el día domingo por la mañana, de don Eulalio Enrique Clausen, el padre del Poeta, y nos pudimos imaginar dos cosas: cómo había llegado en la noche del martes o en la madrugada del miércoles, en busca de no se sabía qué, al segundo piso del Club de los Hijos de Tarapacá, y cómo había sido encontrado ahí, en aquel sitio improbable, en ese nudo entre los muchos nudos de la noche santiaguina, por don Ramiro Villaseca y su pequeño y extraño séquito de sabuesos y de virtuales carceleros. Fue un episodio histórico de aquellos años, un suceso que corrió por mentideros, timbas, tabernas y tugurios, por salones de dudosa reputación y también por algunos salones de las grandes familias. Pero vamos a tratar de ir por orden, de introducir en el relato un mínimo de coherencia.

Después de la entrega de los dos sandwiches de arrollado de huaso en pan de hallulla, adquiridos por don Eulalio Enrique en un boliche que se mantenía abierto toda la noche y que el gendarme gordinflón se había encargado de hacer llegar al joven e inexperto recluso, Eduardito se había despedido con un caluroso apretón de manos de este papá tan pacífico, tan bondadoso, tan sorprendente y diferente para él. Hasta ahí, su periplo de aquella noche y de aquella madrugada, su largo trayecto en una micro destartalada, en medio de una sonajera de vidrios sueltos, bajo la luz lívida del amanecer, en cumplimiento de la noble misión de ayudar a un poeta amigo a recuperar su libertad, había sido una experiencia extraordinaria, vivida por él en un estado de verdadera exaltación lírica, como una epifanía,

para recurrir a un término de su amado James Joyce, pero después, mientras cruzaba el barrio de la Estación Mapocho y del final del Parque Forestal, sin dejar de tocar en un bolsillo la llave herrumbrosa de la pieza del Poeta en la Casa de Dostoievsky, llave que el Poeta le había pasado por si necesitaba un refugio, y mientras se internaba por la calle Mosqueto, a pocas cuadras de su casa de la Alameda, entre mujeres de todas las edades y las condiciones, viejas, niñas, dueñas de casa, empleadas domésticas, cubiertas con velos y que corrían a la misa de las nueve y media de la iglesia de la Merced, se sentía dominado por la angustia, por un reflujo terrible. Prefiero un millón de veces, se decía, la pieza cochambrosa del Poeta, con sus libros carcomidos, sus máquinas oxidadas, sus zapatones impares, malolientes, a la mansión de la Alameda, cuyas reglas, cuyas prohibiciones, le parecían peores, de repente, que las de la Cárcel Pública de General Mackenna a la que se acababa de asomar, y se dijo que jamás había hecho la relación entre ambos recintos, la casa paterna y la cárcel, pero que ahora sí la hacía, sí, mamá, aunque no te guste, y si hubiera sido un poco más consecuente (dirían después algunos), se habría ido en ese mismo momento a refugiarse en la pieza del Poeta, que para eso, precisamente, le había prestado la llave, y no más tarde y a destiempo, pero el destiempo tuvo su compensación, como también se verá, y los comentarios, en este aspecto, fueron risueños, sin que les faltara algún matiz de envidia.

Caminó, pues, con una sensación más o menos parecida a la del condenado que camina al patíbulo, hasta la plaza Vicuña Mackenna, donde ya se divisaba al viejecito de siempre, un señor de apellido Vial o Vidal, de sombrero pajizo, canturreando con su demencia senil inofensiva y dándole migas de pan a las palomas. Contempló una vez más la estatua de don Benjamín, pierna arriba, rodeado de una que otra figura alegórica, de alguna musa inspiradora de bronce, y desde ahí, mientras avanzaba con mucha menos decisión, entre rumores callejeros que iban en aumento, magnolios perfumados, ramas de alerces o pimientos que se balanceaban ligeramente, divisó con horror, con el corazón desbocado, a su padre en bata, reclinado en el balcón de fuera de su dormitorio, con el mentón apoyado en los poderosos puños, mirando la calle, barriendo la amplia avenida con la vista, como quien dice, deteniendo esa mirada en las plataformas descubiertas de

los tranvías, en la gente que se bajaba de carros, de micros, de góndolas, y atravesaba la Alameda, en los suplementeros de las primeras ediciones de la prensa matinal, en alguna beata anciana, en camino a su misa, hasta que sus ojos perforadores detectaron a su hijo, a Eduardito, mucho más pálido que de costumbre, más ojeroso, de mechón caído, nervioso, algo sucio, con paso no del todo firme, probablemente, muy probablemente, se diría el viejo, borracho, borracho como cuba.

El viejo (el temible Harpagón) descargó un tremendo puñetazo en el balcón donde estaba apoyado y se metió para adentro.

—Llegó este imbécil —murmuró en voz alta—, este miserable —o murmuró algo por el estilo, o no murmuró nada, y le gritó alguna cosa, también por el estilo, a la mamá de Eduardito, a misiá Toya de tanto y tanto, la Tolita, que yacía en su camastro, en el fondo de su dormitorio en penumbra, debajo de un gran crucifijo colonial, con cara de cera, con expresión de *mater dolorosa*, y misiá Toya de tanto y tanto se irguió, entonces, aterrada, y le suplicó, juntando las manos:

—¡Por favor, Ramiro! ¡Meno, por favor! (porque se llamaba Ramiro Filomeno, como Filomeno, el chofer). ¡No lo mates! ¡No te acrimines con él! ¡Mira que es un pobre niño! ¡Un angelito despistado!

El viejo, Ramiro Filomeno Villaseca, en pantuflas, en bata cruzada sobre la panza y piyama a rayas verticales, se mordía las coyunturas de los dedos de la mano izquierda y vociferaba, lacre, con las venas del cuello hinchadas:

—¡Angelitos! ¡Vénganme a mí con angelitos!

Sintió, don Ramiro, con su oído vigilante, el clic ligero de la cerradura de la puerta de calle, seguido de las pisadas cautelosas de su hijo en la escalera alfombrada que conducía hasta el vestíbulo, y lanzó un sonido informe, algo como un gruñido de jabalí o de alguna otra bestia. Eduardito se detuvo, con la sangre helada. Él mismo tenía la impresión (contó después), de que podía desplomarse en cualquier momento, rodar escaleras abajo. Y hacerse trizas, como la ventana de hacía unas horas, la de la casa de un piso de la calle Huérfanos. ¡Sí, mamita!

El viejo, a todo esto (Harpagón, o Shylock, o lo que ustedes quieran), se acercó, agarró a Eduardito de la camisa, con su mano ancha, férrea, y le ordenó que le echara el aliento en la nariz.

—A ver, ¡échame el aliento! —chilló, y concluyó, antes de que Eduardito hubiera tenido tiempo de echárselo, que había bebido toda la noche.

—¡Borracho! —vociferó—, ¡chinganero!, ¡buena pieza!, de la misma ralea que los hermanitos de tu madre (porque tenía mal concepto de la familia de misiá Tolita, y sus dos hermanos eran entre pijes y huasos colchagüinos buenos para la fiesta) —y le preguntó, en seguida, que cuánta plata le había sobrado.

Eduardito, aterrado, y tomado de sorpresa, además, por la pregunta, se metió las manos a los bolsillos.

—¡Rimbaud! —dicen que alcanzó a murmurar, o algo parecido.

—¿Qué dijiste? —preguntó don Ramiro.

—Nada.

—¡Cómo que nada!

Después de ese breve intercambio, don Ramiro Filomeno Villaseca, el anciano Harpagón, de acuerdo con algunos, Shylock, según otros, no consideró necesario hacer mayores indagaciones. Echó la mano derecha para atrás, con expresión de loco furioso, con los pelos disparados, con la bata a medio abrir y el bulto de las verijas visible adentro del pijama, y le pegó una cachetada a Eduardito que lo hizo rodar por las gradas. No le pegó con el puño cerrado, porque si lo hubiera hecho, habría sido capaz de matarlo. Aun cuando ganas, quizá, no le faltaron. Conviene saber, por otra parte, que en su juventud había practicado el boxeo, y que en sus años maduros, en alguna secretaría electoral, le había tocado asestar uno que otro rechazazo. La cabeza frágil, pálida, de Eduardito, con sus ojeras, con su mechón lírico, azotó contra los resguardos de fierro de la escalinata, pero parece que no perdió del todo el conocimiento. Quedó, contaron, viendo estrellas, lloroso y furioso, pero consciente. Su madre, misiá Toya de tanto y tanto, la Tolita, había salido de su dormitorio, sujetándose la bata con

manos temblorosas, e imploraba piedad, auxilio, socorro, anegada en llanto, hincándose en el suelo, juntando las manos.

—¡No me lo mates! —parece que chillaba—. ¡Por el amor de Dios!

Según los diversos testimonios, que circularon durante semanas y, como ya dijimos, en los ambientes más heterogéneos, Eduardito se levantó con no poca dificultad, con ojos vidriosos, sin mirar a nadie. Se arregló la ropa como pudo, incluyendo el nudo de la corbata, mirado con atención por don Ramiro, quien, parece, había pasado de la rabia al desconcierto, a una expresión como de perplejidad, y subió a su dormitorio del piso de arriba con pasos que habían recuperado parte de su elegancia, a pesar de que todavía vacilaban. ¿De dónde salía esa incierta elegancia, se preguntaban algunos: de la lectura, de la flacura, del Grange School, de las epifanías joyceanas? Comentaron que al subir las escaleras estrechas (porque el acceso al segundo piso, que no era de visitas, carecía de los adornos y lujos del primero), humillado, abrumado, sentía el aliento febril del viejo en la nuca, y temía que su mano pesada volviera a levantarse a su espalda y a derribarlo, pero prefería seguir subiendo, como alma en pena, sin mirar para atrás, como persona que se desplaza en algunos de los círculos infernales.

—Ese aliento —comentó alguien—, aquella mano, lo van a perseguir toda la vida, hasta cuando el viejo esté muerto y enterrado.

Y es muy posible que así haya sido. De todos modos, mientras él subía, la Mariquita Cifuentes, la cocinera, que ya llevaba años en la casa, se asomó a la puerta del repostero, limpiándose las manos en el delantal, y lo miró con fijeza, inexpresiva, al menos a primera vista, pero compadecida, conmovida, ansiosa de ayudarlo, ¡al angelito! Porque pareció, por un momento, que el viejo podría saltar escaleras arriba, como un escarabajo gigante, y atacarlo de nuevo, a pesar de que doña Toya no cesaba en sus esfuerzos, en sus ruegos para apaciguarlo. Durante su penosa ascensión, él, Eduardito, encontró de repente los ojos de la Mariquita, y ella le hizo un gesto disimulado: suba corriendo, niño, pareció decirle, y desaparezca, ¡no sea pánfilo!

Horas más tarde, después de dejarlo dormir un buen rato, la Mariquita le llevó al dormitorio un tazón de café con leche, de los tazones toscos, generosos, de loza de Penco, que usaba el personal de servicio, y unas

tostadas de pan de marraqueta con harta mantequilla, y un pocillo lleno de manjar blanco hasta los bordes.

—¿No quiere también, Eduardito, mijito, un huevito revuelto? — preguntó, mientras entreabría las cortinas del dormitorio.

—No, Mariquita —murmuró él—, estoy muy bien así. Estoy como en mis mejores tiempos —añadió, y se rió. Parecía una alusión a otra cosa, y no sabemos si la Mariquita la dejó pasar o no la dejó pasar. Transcurrió un buen rato, y él, después de tomar su desayuno, se volvió a hundir entre las sábanas tibias. La Mariquita Cifuentes retiró la bandeja, cerró un poco más las cortinas y se sentó en el borde de la cama. Los que la conocían decían que era rara, medio tocada, que tenía lunas, y ahora, en la penumbra del dormitorio, estaba así, en uno de sus momentos especiales, con los ojos capotudos.

—Sus papás —dijo—, salieron a la misa de una de la Veracruz, y después van a ir al Portal a comprar pasteles.

Eduardito movió las piernas debajo de las sábanas, mirando para otro lado. Ella, en cambio, le clavaba los ojos con una expresión rara. Después de un rato, se puso las manos en los botones del delantal, a la altura del pecho.

—¿Quiere que le muestre algo? —dicen que preguntó, y Eduardito, parece, no contestó nada. Era un delantal azul desteñido, arrugado, con manchas de grasa. La Mariquita, entonces, sin hacer más preguntas, se abrió los botones. Sus pechos gordos desbordaban de un sostén de color carne. Tenía piel aceitunada y pezones grandes, oscuros, extendidos. Se acercó y le dio un chupón a Eduardito en la boca: un beso ansioso y salivoso. En seguida se desnudó entera y se metió en la cama. Tuvo que explicarle un poco las cosas, decirle que se moviera, mijito, así, ahora, más despacito, así, bien adentro.

—Papito —contó después Eduardito que le había dicho, como decían las putas de la calle San Martín, pero a San Martín había ido en los últimos años del colegio, con algunos compañeros de curso, y había bailado con las putas, y se había acariciado (sin besarse en la boca), y había llegado a tener un orgasmo cuando ellas le habían metido la mano por adentro de los calzoncillos, pero no había hecho nada más. Con la Mariquita, en cambio,

contó (en el casino de la Escuela, en los alemanes pobres, en muchas partes), hizo el amor de veras, y mientras lo hacía, dijo, miraba las escalinatas del cerro, las columnas, las enredaderas, los pájaros que se escapaban a otras partes, al monumento de don Benjamín, a las claraboyas de la Biblioteca Nacional, y pensaba: ¡qué raro!, me complicaba esto de seguir siendo virgen, y ahora, de repente, estoy dejando de ser virgen, tengo que correr a contárselo al Poeta, pero ni siquiera sé si habrá salido ya de la cárcel, ¡qué fin de semana más largo, qué sucesos más extraordinarios! Tampoco sabía que las mujeres se podían quejar y suspirar, y hasta gritar en esa forma, como si se hubieran vuelto locas de remate. Le habían contado un montón de detalles, pero a nadie se le había ocurrido contarle eso.

—Me voy p'abajo —dijo la Mariquita, después, vistiéndose—, porque sus papás ya deben de estar al llegar, y usted, mijito, vaya al baño y lávese su piquito.

Salió la Mariquita Cifuentes y se produjo un silencio extraño, como de otra parte, de otro planeta. Eduardito pensó que debía escribir un poema, pero le faltaba el primer verso. Si no me arranco de aquí, pensó, estoy perdido: nunca más voy a poder escribir, ni salir a la calle, ni hablar con mis amigos. Tomó, entonces, la llave de la pieza del Poeta, y el último de sus cuadernos, y el mejor de sus lápices, y la escobilla de dientes. En ese momento misió Toya de tanto y tanto, la Tolita, lo llamó a gritos desde el vestíbulo y le dijo que bajara. Cuando bajó, después de vestirse a la carrera, ella le acarició el pelo y le dijo que le había traído unos pasteles del Portal, para que se olvidara del mal rato de la mañana.

—¡Mal rato! —exclamó él, entre dientes.

Almorzaron sin hablar de nada en especial, y don Ramiro no lo miró nunca a los ojos, no se sabía si por estar furioso o por estar perplejo, intranquilo. En la noche, Eduardito se encerró en su dormitorio y la Mariquita Cifuentes le subió un caldo con un huevo. Al día siguiente fue a la Escuela de Derecho y regresó después de la segunda clase, la de Derecho Procesal. Regresó a una casa silenciosa, de la que sus padres habían salido. Recogió, entonces, de nuevo, perfectamente decidido, la llave de la pieza del Poeta en la Casa de Dostoievsky, y el último de sus cuadernos, y el mejor de sus lápices, y la escobilla de dientes. No necesitaba llevar lectura.

En la pieza del Poeta se iba a atosigar de lectura, y después, a lo mejor, tendría ocasión de explorar la pieza de Raskolnikov. Salió de la mansión de la Alameda en la punta de los pies, con su equipaje mínimo, escondido en un cartapacio, y un chaleco de repuesto. Escogió el chaleco más viejo, para que la cofradía de los poetas del barrio de Brasil y de Matucana, de la Quinta Normal, de la plaza Egaña para arriba, no lo mirara entre ojos. Pensó que debería escribir un poema de despedida, el de su final, el de su comienzo, y aunque no tenía nada de claro el primer verso, notaba ya un vago rumor, un ritmo, palabras que todavía no salían del limbo de las palabras.

Le habría gustado mucho llevarle al Poeta, a Armando, Eulalio, Ernesto, uno de los pasteles del Portal, de esos que había probado al final del almuerzo del domingo, aun cuando su padre, Harpagón, desviaba los ojos de una manera sistemática mientras comía, y eso, a él, le producía un efecto molesto en la boca del estómago. Pero no se podía tener todo en la vida, pensó: la gloria, y además de la gloria, los pasteles. Por el contrario, había que atreverse, y si era necesario, dijo, hablando solo por la Alameda, pasar hambre. Además, por si las moscas, había inventado un plan: irse a encerrar en la Casa de Dostoievsky, y después, en las horas muertas, cuando hubiera poco riesgo de que sus padres levantaran el teléfono, llamar a la Mariquita y pedirle ayuda, sanguchitos, lo que fuera. Exilio y astucia, se dijo, recordando a (su amado) James Joyce: *exile and cunning*. Y ahora, después de los sucesos del final de la mañana del día anterior (los de ese memorable domingo en la mañana), no le faltaba una Molly Bloom. No le faltaba ni le faltaría. No le faltaría una Molly Bloom de ahora en adelante, murmuró, y lo repitió para que no se le olvidara. Porque por ahí podía comenzar su poema de la despedida.

## 12

**D**espués de ver bajar el cortejo lúgubre de Eduardito y de sus carceleros, el Poeta, como ya nos habían contado, entró al salón principal del Club de los Hijos de Tarapacá. Entró consternado, con el ánimo por los suelos, arropado en las ruinas deshilachadas de su abrigo (el abrigo inexistente, el de Jean—Arthur Rimbaud), seguido del infaltable Chico Adriazola, que llevaba una cara no menos marcada por la congoja, aunque dentro, por así decirlo, de la proporción, de la esfera suya. Después contaron que al subir desde el descanso donde se había abrazado con Eduardito y llegar al último peldaño, el Poeta encontró un gato negro, herido en un ojo, y lo lanzó lejos, maullando como un condenado, de una sola patada. En cualquier caso, alguien les hizo una seña desde una mesa y ellos se abrieron camino, entre los gritos, el humo, el ruido de los cachos. Se sentaron sin desabrigarse, haciendo un vago saludo general, y procedieron a beber sin mayores preámbulos un vaso de vino tinto que les ofrecían. Vino, por supuesto, de lija, de siete tiritones. Según versiones que circularon por ahí, el Poeta empinó su primer vaso con una mano tembleque, alterado por el episodio que acababa de presenciar en la escalinata y no menos alterado por el maullido estridente del gato tuerto, y después agarró un pedazo de pan que todavía quedaba en una panera, lo partió en dos, con movimientos, contaron algunos, todavía más temblorosos, lo untó en un tazón de pebre de aspecto turbio, donde no habría sido raro que flotara una mosca o una barata, y se lo echó al buche. El Chico Adriazola, en la proporción suya (y no podía ser de otra manera), hizo después exactamente lo mismo: agarró el pan que había sobrado, con mano que también temblaba, lo untó y se lo tragó.

El que presidía la mesa desde donde los habían llamado era Teófilo Cid, uno de los fundadores del grupo surrealista de La Mandrágora, un cincuentón, o quizá sesentón, corpulento, de cara ancha, lívida, como borrada, y ojos capotudos, de globos tirados a amarillos, y el que estaba a su lado derecho, como si fuera su evangelista, su apóstol favorito, era Helio Rodríguez, más conocido, debido a su presencia activa en todos los eventos poéticos y poético sociales habidos y por haber, y a su humor siempre afable, a su cortesía de antigua estirpe, como el Tigre Mundano. Había otra gente, poetas menores y aspirantes a poetas, periodistas hablantines y borrachines, un lustrabotas, el Chico Márquez, con su caja de lustrar zapatos, donde siempre guardaba una abundante reserva de condones, no se sabía si para la venta o para su uso personal, además de un dibujante turnio, callado como tumba, pero capaz de dibujar con precisión absoluta las patas de un mosquito. Podríamos decir, ahora, que los nombres de estos personajes secundarios, con la sola excepción del Chico Márquez, quien, aparte de lustrabotas de profesión, era pintor aficionado, no fueron debidamente registrados por la crónica de los sucesos. Teófilo Cid hablaba con lentitud, en un tono de maestro inspirado, de liróforo celeste (para citar ya saben ustedes a quién), haciendo ademanes como de bendecir el humo, y el Chico Adriazola se dedicó a intercalar frases enigmáticas que nadie sabía si eran chistosas, a pesar de que algunos las celebraban. También se sabe, por otro lado, que el Poeta, Ernesto, Alberto, Archibaldo, contó con lujo de detalles su experiencia de residente en la Cárcel Pública durante un interminable fin de semana, y que sacó de los bolsillos unos dibujos de la prisión y de sus pobladores, cabecitas negras apiñadas detrás de barrotes, figuras que se desplazaban por el interminable fondo de un patio, alturas sombrías en contraste con las primeras luces del amanecer, esbozos que había hecho de memoria en la tarde del día lunes, mientras todavía no abandonaba el dormitorio familiar de su infancia y de su adolescencia, el de los elefantes en el abrevadero. Y se sabe que más tarde, como para celebrar el enjundioso relato, Teófilo y Helio, el Tigre, pidieron otras botellas de vino tinto y otras paneras repletas y acompañadas de sus respectivos pebres.

—¡Caracho! —exclamó el Chico Adriazola, transportado por el entusiasmo, al ver aparecer una verdadera pirámide de marraquetas y un pebre donde el cilantro, la cebolla, el ajo flotaban, y el Poeta comentó

entonces, a propósito de nada, el curioso título del poema de César Vallejo, *Piedra blanca sobre piedra negra*, título que se le había olvidado por completo y que después, entre los papeles enterrados en el dormitorio de su adolescencia, había recuperado.

—¡Títulos! —dicen que espetó, entonces, Teófilo, levantando una uña negra y ganchuda, carcomida por los hongos, y parece que pasaron de inmediato, a esa hora ya avanzada, a jugar a lo que bautizaron como el juego de los títulos. Alguien decía cualquier cosa, en el espacio ya medio deshabitado, en el sombrío segundo piso, donde había quedado en descubierto una pintura mural del Chico Márquez, un perro deforme en medio de un pastizal entre marrón y verdoso, y otro, antes de que terminara la frase, gritaba a voz en cuello: ¡título! Por ejemplo, Cristóbal Castellón, el Laucha Castellón, poeta lárlico (lírlico y lárlico, al menos en sus intenciones), decía: a la altura de Lautaro, porque estaba tratando de relatar una visita a Jorge Teillier, el maestro sin tribuna, el rey sin corona, el inventor indiscutido de la poesía lárlica, cuya capital no era otra que Lautaro, su región de origen, y el Chico Adriazola se ponía de pie, secundado por el dedo puntiagudo, por la uña ganchuda de Teófilo, y vociferaba, levantando la mano derecha empuñada: ¡título! Los demás, entonces, se trataban de imaginar lo que sería ese libro improbable, aunque lárlico, sin duda, y de título cacofónico, perturbado por las rimas interiores: *A la altura de Lautaro*.

Se supo en seguida que el Poeta, a la salida del Club de los Hijos de Tarapacá, en horas en que la luz del sol empezaba a despuntar detrás de la cordillera, recibió algunos folletos del Ejército de Salvación, materiales de índole espiritual distribuidos por un trío de mujeres uniformadas y que esperaban, severas, sin desprenderse de sus gorras de filetes verdes, al pie de los escalones gastados, mancillados, a las almas en pena y de muy improbable conversión de los que bajaban. Al Chico no le habían ofrecido nada, probablemente a causa de su tamaño, pero pidió uno de los folletos, lo obtuvo y celebró su título, relacionado con la salvación del alma, con grandes aspavientos. El Poeta, entonces, en un boliche cercano, compró dos y hasta tres periódicos del día, además de dos manzanas, todo lo cual tendría que contribuir al proceso de acumulación vertiginosa que se producía en su pieza de la Casa de Dostoievsky. Y mientras Teófilo, el

Tigre Mundano y los otros, los innominados, se dispersaban por la vereda del sur de la Alameda, bajo una luz todavía lechosa, el Laucha Castellón, observado con sorna por el Chico Adriazola, le regaló al Poeta, con cierta solemnidad, con explicaciones y autoelogios que más bien sobraban, uno de sus libros, y prometió pasar al final de esa jornada por su pieza y regalarle otro.

—¡Ahí sí que te jodiste! —exclamó el Chico.

—¡No te meta'i, enano 'e mierda! —replicó el poeta láríco.

El libro que acababa de regalar era grueso, de formato grande, dotado de ilustraciones en tinta negra que chorreaban por los costados, imágenes tremebundas, escenarios donde parecía que la fealdad universal se daba cita.

Mamita, dicen que musitó el Poeta, ¿por qué crestas?, y no se supo muy bien qué quería indicar con esas palabras.

—¿Qué dices? —preguntó el Chico Adriazola.

—Nada —replicó el Poeta.

Sin hablar más, se despidieron frente a la casa de los muros descascarados, los que en tiempos mejores habían sido de color ladrillo. Al entrar a su pieza, el Poeta tiró el libro láríco a uno de los montones de escombros de los rincones. Mamita, volvió a murmurar, y se puso a dormir encima del camastro, en medio de la ropa de cama desordenada, sin sacarse el abrigo raído ni los zapatos, sin sacar siquiera del bolsillo del abrigo el cuaderno escolar con sus poemas recientes y con el que había empezado a pergeñar esa misma tarde.

## 13

**E**l Poeta despertó con golpes cada vez más fuertes y seguidos en su puerta, desorientado, sin saber cuánto rato había dormido, sin saber siquiera, en un comienzo, dónde estaba. Le dolían los huesos, y tenía la sensación imprecisa de haber perdido algo en alguna parte. Resultó que los golpes eran del Laucha Castellón, ¡de quién iban a ser! El Laucha venía con otro libro de gran formato, de colores horribles en la tapa.

—Es el libro que te prometí anoche —dijo el Laucha—, el que me faltaba entregarte. ¿No quieres que te lo lea?

—No —dijo el Poeta—. Por ningún motivo. Carezco de atención auditiva.

—¿Cómo?

—Lo que oíste.

Le arrancó el libraco de las manos y empujó al Laucha fuera de la pieza.

—Déjame dedicártelo, por lo menos.

—No —replicó el Poeta—. Otro día —y le cerró la puerta en las narices.

Hubo un silencio largo al otro lado. El Poeta alcanzó a leer dos versos desaliñados, pomposos y nulos, y miró con atención la ilustración de la tapa: un árbol de ramajes dramáticos y el perfil, en la distancia, en un paisaje desolado, de un burro flaco.

—¡Qué horror! —murmuró, sin importarle un pepino que el lárigo escuchara desde el otro lado de la puerta. Hubo pasos, entonces, que se alejaron por la galería, inciertos, y él habría deseado que se los tragara la tierra. Tiró el libro a uno de los rincones más cochambrosos del cuarto y se sacudió las manos. ¡Cuánta infelicidad!, pensó. ¡Cuánta miseria! La idea de que se había equivocado de profesión, acompañada por una idea segunda, la del suicidio, le rondaron un rato por la mente, pero las desechó pronto. En la tarde, que ya era el anochecer del miércoles, pasó a visitarlo el Chico. El Chico golpeó a la puerta, entró, se metió las manos a los bolsillos y mostró unos billetes colorados (¿se acuerdan ustedes de los congrios, los billetes de cien pesos, que en aquellos años todavía valían?).

—Vendí un álbum de sellos que perteneció a mi padre —dijo el Chico —, que era un fanático de la filatelia, y te vine a invitar.

—¿A mí?

—Sí. A ti.

—¿Y por qué?

—Para compensarte de tu *saison en enfer* en la cárcel.

El Poeta, con sus pelos disparados, vagamente mefistofélicos, esbozó una sonrisa casi tierna. El Chico Adriazola, y podemos pensar ahora, a la distancia, que razón no le faltaba, porque era, el Chico (el hijo del Pichiruche Adriazola, filatélico, según acabamos de saber, además de articulista conservador), débil y fuerte, marginal y mirón, había llegado a la conclusión de que el Poeta tenía un lado loco, delirante, y un lado trancado, reprimido, retorcido. Un dibujante noctámbulo, alguien a quien solían encontrar al final de las noches, en los amaneceres lívidos, en el Café Iris, en la Alameda más abajo, en la vereda norte, le dibujó la cara en forma de nudo ciego, con los labios trompudos, las orejas, la nariz, como partes del nudo, y al Chico le parecía que el dibujo no estaba del todo mal. Hablaron de Rimbaud, de la prosa de Rosamel del Valle, de la ignorancia supina de Hernán Díaz Arrieta (a pesar de que el Chico apenas salía de la ignorancia suya, pero su capacidad de asimilación rápida era sin duda notable), de otras cosas. Después, cuando ya había oscurecido, hicieron a un lado algunos papeles, una colección de postales enviadas desde Europa por el abuelo rico del Poeta, el dueño de acciones salitreras que no había sabido

vender a tiempo, además de fotografías viejas y nuevas, archivadores descosidos, objetos variados, y consiguieron abrir la puerta.

—Un día de éstos te vas a quedar sepultado adentro —comentó el Chico.

La noche, en cualquier caso, con presagios malos o buenos, estaba tibia, decididamente primaveral, espléndida.

—Las primaveras vienen y se van —canturreó el Poeta—, pero no sabemos hasta cuándo.

—¿Y las reinas de las primaveras?

—Las reinas también. Pero, ¿dónde estará la reina de esta primavera?

—¿Dónde estará mi andina y dulce Rita —cantó el Chico, observado con aire de sospecha por un carabinero—, de junco y pachulí?

—¿Y qué será de mi Teresita —respondió el Poeta—, con sus botones martirizados?

Cuando pasaban frente al boliche de la esquina, el que señalaba el desvío al oriente y al sur, a la región de la Pérgola de las Flores y de la iglesia de San Francisco, el Poeta propuso que entraran y que llamaran por teléfono a Eduardito.

—Parece —dijo el Chico—, que Harpagón le dio una pateadura que casi lo manda al hospital. Y que por eso se escapó de la casa.

—Por eso mismo —respondió el Poeta.

Eduardito contestó el teléfono en voz baja, ahogada, como si estuviera hablando debajo de las sábanas de su cama. Al parecer, sus padres se habían recogido temprano y el cabrón de su hermano mayor, el Hediondo, había partido no se sabía a dónde.

—¿Puedes venir?

—Creo que sí —contestó—, pero no tengo un peso.

—No importa. Ahora te invitamos nosotros.

Tampoco tenía la llave de la casa, pero creía que se la podría conseguir con la Mariquita Cifuentes. En cuanto a Filomeno, su cancerbero, participante activo en su cacería y su recuperación, se había sentado a

vigilar en una silla de paja del repostero, pero al poco rato, con su cara de caballo de palo, cabeceaba.

—Te esperamos en el Bosco —dijo el Poeta—, en la mesa de los mandragóricos.

Eduardito llegó al Bosco, que quedaba a dos pasos de la mansión de la Alameda, cerca de una hora más tarde. Llegó con expresión de conspirador, de clandestino, con el cuello de la chaqueta subido, pálido, con ojos algo desorbitados, y recibió bulliciosos abrazos del Poeta, del Chico, del poeta Teófilo Cid, de algunos otros. Se piensa que algunos ni siquiera sabían a quién abrazaban, ni por qué, pero de todos modos lo abrazaban.

—No puedo tomar un solo trago —anunció Eduardito—. Me pillarían por el tufo.

—Lo mejor, entonces —sentenció Teófilo, el jefe indiscutido de La Mandrágora, el sucesor de Vicente, el corresponsal intermitente de André y de Elisa Breton—, sería fumar opio.

—¿Opio?

—Sí —contestó Teófilo—. Opio. Conozco un fumadero por aquí cerca.

El Chico, asustado, dijo que él no estaba para esos trotes, que sus pulmones, etcétera, y hasta mi estatura, agregó, mirando, compungido, las puntas de sus zapatos, pero Teófilo, Eduardito y el Poeta se pusieron de pie, decididos, y el Poeta agarró al Chico de un brazo y lo llevó a la rastra.

Subieron por una escalera estrecha, al final de la calle Bandera, en las cercanías del Mercado Central, de la Piojera, de esos rumbos, y entraron a una pieza en penumbra donde flotaba un olor raro, pasoso, y había varios colchones de dudosa limpieza desperdigados en el suelo. Teófilo, experimentado en estas lides, se tendió con parsimonia en uno de los colchones, y los demás hicieron lo mismo. Entró un empleado, un moreno de mala cara, calvo como una bola de billar, con unos paños doblados en el antebrazo izquierdo, y cobró el precio de las cuatro dosis. Salió y regresó al poco rato con cuatro pipas encendidas.

—Fumen despacio —advirtió, con voz quebrada—, sin asorocharse, y si necesitan algo, agua o lo que sea, me llaman. La sesión dura dos horas. Si

desean seguir, tienen que pagar de nuevo.

—A ver si sueño con la Teresita —dijo el Poeta.

No soñó exactamente con la Teresita, pero sí con los botones forrados en tela gris, que giraban sobre sí mismos y se desintegraban, y con una parte de la espalda de la Teresita, pero trataba de alcanzarla, de tocarla, de acariciarla, y no podía.

—¿Conoces el libro de Thomas de Quincey? —preguntó, con ojos amarillos salidos de las órbitas, con toneladas de caspa en los hombros de la chaqueta raída, Teófilo.

—¿De quién?

—Thomas de Quincey —replicó Teófilo, con su voz atragantada, enredada en alguna cavidad, en alguna estalactita interna—, y los *Paraísos Artificiales*, *Les Paradis artificiels*, ¡los de Charles Baudelaire!

Eduardito soñaba con la ventana del baño de su casa: él sentado en el excusado, mirando las nubes que desfilaban por encima, como si el techo estuviera abierto, y el Chico Adriazola con escenas inconfesables, con las piernas abiertas de la Lorita, su hermana menor. Después le daba risa y le pedía que se pusiera de guata para mirarle el poto. ¿Cómo?, preguntaba ella, entre risueña y enojada, y él... En cuanto a Teófilo, no se supo, no se podía saber con qué soñaba, pero representaba, en cualquier caso, en versión criolla, digamos, la tradición del opio, la de Thomas de Quincey y Charles Baudelaire, y parece que había cambiado cartas al respecto con André Breton, epístolas escritas en un francés de manual, de crestomatía, y contó después, cuando bajaban por las escaleras estrechas, malolientes, numerosos episodios de opio de la literatura latinoamericana. Neruda, aseguró, había fumado opio en Marsella, antes de embarcarse a sus consulados del Extremo Oriente, de acuerdo con el testimonio de Alvaro Hinojosa, y después había fumado alguna vez en Rangún. Más de alguna vez, como él mismo lo había narrado. No se sabía si la metafísica cubierta de amapolas tenía algo que ver con esa experiencia, pero todos sabíamos, en cambio, que se había despedido para siempre, en medio de los bombardeos del Madrid sitiado por las tropas nacionales, de aquella metafísica. Y Juan Emar, o Pilo Yáñez, durante un viaje suyo al Perú, había sido invitado por Abraham Valdelomar, el cuentista y poeta, el autor de *El*

*caballero Carmelo*, a un fumadero de Lima. Parece que Valdelomar le había contado una historia de una princesa inca y que Pilo, porque todavía era Pilo Yáñez, no era, todavía, Juan Emar, había pasado años tratando de escribirla.

Teófilo seguía con su relato por los adoquines de la calle Puente y de la plaza de Armas, hablando, de repente, con voz inspirada, en ritmo, casi, de canto gregoriano, del caso de Teresa Wilms, la bella, la escandalosa, mientras se alejaban del lugar regentado por el calvo de los paños tibios, y el Poeta, en un intermedio, le dijo a Eduardito que podía quedarse a dormir en su pieza.

—Para que Harpagón no te muela los huesos.

Pero llegaron a la casa de los muros descascarados, los que alguna vez habían sido de color ladrillo, la de Dostoievsky, la de la pieza de Raskolnikov, la del pintor imaginario Charles Ronsard, y resultó que Filomeno, el chofer de don Ramiro, con su cara de palo, su nariz larga, su expresión impertérrita, estaba esperando en la vereda. Se había dormido en la silla de paja, pero había despertado con un sacudón brusco y había corrido a la noche a buscarlo.

—Vamos a la casa, Eduardito —dijo, y ni siquiera se dio el trabajo de mirar a sus acompañantes.

—Te van a sacar la contumelia —anunció el Poeta (con una palabra de ese tiempo, hoy día olvidada).

—No le van a hacer nada, señor —interrumpió Filomeno—. Don Ramiro me pidió a mí que llevara de vuelta a Eduardito. Y me ordenó que lo hiciera con buenos modos.

—¿No irán a mandarme a las minas del norte?

—No —aseguró Filomeno—. Le tienen vista una oficina de abogado para que comience a trabajar. Y hasta le tienen vista una novia. ¿Qué más quiere? ¿Cuándo se va a cansar de regodearse?

—Bien —dicen que dijo Eduardito, entregando la oreja, colocando el cuello para que le pusieran el yugo, y parece que se despidió de cada uno, en la calle espectral, con un abrazo largo, fuerte, emocionado. Tenía la sensación clara de que nunca iba a ver a sus amigos de nuevo, de que nunca

iba a pisar de nuevo el Bosco, ni el Club de los Hijos de Tarapacá, ni menos el fumadero de opio clandestino de cerca de la Piojera, de que toda esa etapa, toda esa vida y esa posibilidad de vida, ¿esa poesía?, se terminaban, y hacía un tremendo esfuerzo para evitarlo, pero las lágrimas le asomaban a los ojos.

—¡Adiós! —dijeron ellos, en el amanecer todavía oscuro, y la sensación de final, de página que se doblaba, fue intensa. *Exit, Eduardito*, podrían haber agregado. Después, cuando se acercaban a la mansión de la Alameda, dicen que Eduardito le preguntó de nuevo a Filomeno si su papá le iba a pegar. Porque si le pegaba, él se iría de la casa para siempre, ¡para siempre jamás!, aunque tuviera que dormir debajo de los puentes del Mapocho.

—No —respondió Filomeno—. Fe digo que no le va a pegar. Que le tiene trabajo en una oficina de abogado. Y novia. Pero si vuelve a sublevarse, me tinca que el caballero lo va a encerrar en el subterráneo, encadenado a los muros.

—¿Para toda la vida?

—Mucho me temo que sí —habría respondido Filomeno.

# 14

Pero tú sabes, Sonia, que los techos bajos y las piezas estrechas oprimen el alma y el espíritu.

DOSTOIEVSKY, *Crimen y castigo*

**D**ebía de haber llegado como a las cinco o seis de la madrugada y despertó antes de las ocho. En lugar de adormecerlo, el efecto retardado del opio lo había hecho despertar en forma brusca, enteramente lúcido, pero con ojeras enormes, con los ojos hundidos en las órbitas, medio febriles. Se puso a buscar un poema que había perdido debajo de sus entierros de papeles: unos versos que tenían que ver con el alarido de un gallo, con su cresta roja temblorosa, con plumas grasientas, con el desesperante, delirante insomnio. En lugar del poema, encontró, entre otras cosas, dos títulos de las acciones salitreras de su abuelo, uno por veinticinco acciones y otro por ciento treinta y siete, títulos que la decadencia del salitre, el ingreso en el mercado mundial de los nitratos artificiales, habían transformado en simples papeles amarillos, rayados, manchados de café y de vino, partes de la acumulación caótica general que se había producido en los veinte o treinta metros cuadrados de su dormitorio.

—¡Bah! —exclamó el Poeta. ¡Bah!, exclamaste, exasperado, martirizado, con las terminaciones de los nervios peligrosamente peladas.

En la búsqueda, una de las rumas de cachivaches, de articulaciones metálicas, de escombros variados, se desmoronó con terrible estrépito. Él,

sintiendo que el corazón se le podía salir por la boca, contempló la verdadera barricada que había ido a bloquear la puerta. Eran los dolores del opio, se dijo, los sarcófagos, los torrentes de barro, los cocodrilos que se asomaban. Pensó que el suelo, la base, el humus de su existencia, habían entrado en un proceso de peligrosa actividad. ¿Cómo salir ahora?, se habría preguntado el Doliente, el Protestante, sin emprender un trabajo de excavación, de condenado a galeras, de forzado. Para no tener que decidir nada, se hundió en las sábanas revueltas y tibias, qué mejor, y volvió a dormir un par de horas. Después, con las campanadas cercanas de la iglesia de San Francisco, cuando ya se escuchaban pasos en la escalera crujiente, de peldaños desnivelados, carcomidos, se preparó un café, de un paquete de café molido, rancio, que se limitó a mezclar con agua caliente, y le dio un par de mordiscos feroces, de hambriento, de miserable, a la manzana que todavía le quedaba desde la madrugada anterior y que, con el paso de un día entero, se había arrugado, hundido, puesto blandengue, igual, pensó, que la piel de las pacientes canutas uniformadas, las que vendían *El grito de guerra* a la salida del Bosco y del Club de los Hijos de Tarapacá. ¡Las pobres, abnegadas canutas!, y casi, por efecto de las terminaciones nerviosas que se le habían descascarado, por resaca, por lástima, por lo que fuera, soltó el llanto.

—Me como tu piel de un solo tarascón —gruñó, entonces—. ¡Toma!

Después caviló, mordisqueó la punta de la uña de su dedo índice, diciéndose que ninguno de esos objetos, esos escombros, esos cachivaches, esos resortes salidos, y ni siquiera los borradores de poemas, ¡ni siquiera!, versos corregidos y vueltos a corregir, que al final de la página se caían contra la esquina, como si se desmayaran, flatulencias, borborismos, gorgorismos, valían nada. La radio de velador, la que se había traído de la casa de Nuñoa, desde luego, con sus perillas blancas que imitaban el marfil, con la tela apolillada que recubría el círculo del altavoz, donde una noche había escuchado, en su infancia, en medio de los alaridos de una pelea que tenía lugar en la cocina, el *Bolero* a toda orquesta, con su crescendo infinito, de Maurice Ravel, había enmudecido hacía largo rato. Y los protagonistas de la pelea, por otra parte, la Anita Rosa, una empleada joven, y Lizardo, jardinero en la casa de al lado, que se había presentado en el repostero de la suya armado de un cuchillo de cocina, enloquecido por los celos, y él había

visto huellas de sangre en la alfombra del vestíbulo, habían desaparecido en la noche de los tiempos. Y también se acordaba de los golpes de la raqueta de tenis de madera, de fabricación belga, de nombre flamenco, pero ahora parecía que resonaban contra un trapo mojado, y había por ahí una cancha de arcilla húmeda y una red que se había desplomado junto a una poza de agua, cerca de unos helechos.

—¡Fuera! —gritó el Poeta, gritaste, medio trastornado por el opio, por la falta de sueño, ¿por la poesía?, y si uno hubiera estado ahí, se habría sorprendido, porque el Poeta parecía presa de una agitación extraordinaria, que habría disimulado si hubiera estado en compañía de otros, de Eduardito, de la Teresita, del Chico Adriazola, del Tigre Mundano, del que fuera.

—¡Me voy! —masculló entonces—. *Je m'en vais. Adieu!*

Y recordó, con lágrimas ya no tan reprimidas, con un acento y una ronquera que ya no serían suyos: *je vais au ciel des plages sans fin*, playas infinitas. Cada vez que decía esas cosas, que las recitaba en voz alta, con el mayor desenfado, en los tiempos en que todavía vivía en la casa de Nuñoa, su padre, con sus zapatos gastados, sonreía con benevolencia, y su madre, en cambio, más práctica, con mayor sentido de la realidad, de aquello, se dijo el Poeta, musitaste, que llaman la realidad, movía la cabeza con aire de preocupación, cómo pensando, qué será de este pajarito cuando sea grande.

—¡Pobre viejo! —se dijo el Poeta, pensando en su padre, en los tacos carcomidos de sus zapatos: su padre en pijama, descalzo, con un pucho a medio fumar colgando del labio inferior. Pero no había remedio. Y si algunos de los poemas enterrados debajo del cachureo se habían perdido, se habían perdido porque no valía la pena que se conservaran. De otro modo, su memoria los habría seleccionado en forma cuidadosa, su impecable memoria, y los habría rescatado. De manera que él podía partir, podías partir, libre como un pájaro, ¿en caída libre?, y los poemas de tu etapa inicial, los de tu prehistoria, o los de tu historia anterior al exilio en la Casa de Dostoievsky, exilio seguido de un éxodo, para decirlo con palabras diferentes, quedaban a buen recaudo, publicados en revistas de Chile y del extranjero y hasta reunidos por amigos y admiradores fieles en plaquetas, en hojas sueltas, en libros. ¿Qué más se podía pedir? ¿A qué gloria mayor podías aspirar, dime tú, Poeta, poeta maldito?

Pensó en abandonar entre los escombros el abrigo raído, como para acentuar el cambio de folio, el ingreso en la vida nueva, pero le tenía cariño, a pesar de los pesares, y en última instancia prefirió llevarlo, junto con una camisa blanca y un par de calzoncillos de repuesto, vestuario que colocó en una bolsa vieja de papel de un supermercado, de una ferretería mayorista, ya no recordaba de qué. Bagaje mínimo, murmuró, y es posible que hayas pensado en los que parten a meditar en el desierto, en los estilistas, en los que se alimentan de raíces y hasta de hormigas, de insectos. Puso en la bolsa, también, como era natural, su Rimbaud deshojado, en lengua original, suya era la imagen del abrigo inexistente y de las playas del cielo, y un volumen desencuadrado de Platon, el tirano, y sus dos Vallejos, *Trilcey Poemas humanos*. Consideró que poner a Neruda habría sido perfectamente inútil, redundante, y que Gabriela, con sus indudables méritos, con sus historias de suicidas y sus paisajes cárdenosos, era un peso excesivo. Y no se olvidó de la máquina de afeitar, con la que se afeitaba cada tres o cuatro días, descañonando la barba a duras penas, ni de la roñosa escobilla de dientes. No fuera que se encontrara en algún lado, en alguna etapa de su peregrinaje próximo, con la dulce Teresa. Y añadió, por si las moscas, riéndose para sus adentros, un tornillo y un resorte vencido del Aleph. Por superstición, sin duda, por idolatría.

—*Adieu, mes amis!*

Puso la silla de paja que usaba de velador, la única que había en toda su pieza, debajo de la ventana. Había decidido no llevar las llaves, dejarlas perdidas al fondo del cachureo, de los escombros. ¿Para qué? Para que no hubiera regreso, para hacer tabla rasa, para quemar las naves. Y como la silla no tenía suficiente altura, colocó encima dos volúmenes gruesos, de encuadraciones rebuscadas y estropeadas, que habían pertenecido al abuelo del salitre, de Julio Verne. Y quiso poner, acto seguido, la bolsa con sus pertenencias en la parte de afuera, del otro lado de su ventana, pero en ese momento se escucharon pasos en la galería. El Poeta bajó la cabeza, ocultó la bolsa detrás de la ventana y contuvo la respiración. Después dejó caer el lamentable paquetón, el último de los equipajes, con sumo cuidado. En seguida, se instaló en el marco de la ventana a horcajadas, pasó los pies y se deslizó hasta el piso del corredor.

Había poca gente en la calle y en la casa parecía que no hubiera quedado nadie. Adiós, Ronsard, pensó, adiós, Raskolnikov, adiós, disparatados, conmovedores, alhelados amigos. Tomó la bolsa de papel, que estaba más o menos pesada, llena a reventar, y bajó a la calle a buen ritmo, silbando una melodía de moda (de la Piaf, de Lucho Gatica, de algún otro). Subió, en seguida, como si se le hubiera olvidado algo, le echó una mirada postrera, una mirada solitaria, a la ventana abierta de su pieza, y volvió a bajar. Por la vereda del frente pasaba una persona conocida, un viejuco de los tiempos de su padre, con el traje gris más o menos gastado, con los pantalones absurdamente cortos, por lo cual torció la cara y caminó con energía en la dirección contraria. Algo le dolía en el fondo del pecho, algo le molestaba y hasta le sangraba, pero a la vez estaba contento. ¡Sí que lo estabas! Respirabas con todos los pulmones, como un poseído, un iluminado, y de repente cantabas, y sentías que la ciudad entera y hasta la cordillera de los Andes, la bóveda celeste, los celajes acumulados en la distancia, las copas de los pimientos y los abedules del cerro Santa Lucía, eran tuyos. ¡Sólo tuyos!